

LA INCÓGNITA DE MARTE

PETER BARTON

COLECCIÓN

ESPACIO

LA INCOGNITA DE MARTE

por

PETER BARTON



EDICIONES TORAY, S. A.

Teodoro Llorente, 13

BARCELONA

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

GRÁFICAS TRICOLOR – Eduardo Tubau, 12 Barcelona

ESPACIO

TITULOS PUBLICADOS

1 El átomo juega su baza

2 El cerebro

3 La invasión de los hielos

4 Terror en el IV Planeta

5 La rebelión de los átomos

6 Dueños del mundo

7 Pánico

8 Dimensión "X"

9 Planetoide 2.012

10 "Ellos"

11 El negro espacio silencioso

12 Motín electrónico

13 Tesoro cósmico

14 Rebeldes de la Galaxia

15 Tiempo dos

16 Objetivo Tierra

17 Los hombres arañas de Titán

18 El enigma de los siglos

19 El hombre de la doble dimensión

20 Después del diluvio

CAPÍTULO PRIMERO



Para Alan Morley, ingeniero de las Líneas Aéreas Universales, aquella mañana comenzaría el día más feliz de su vida.

La iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, pequeña ciudad situada a cincuenta millas de Santa Fe, presentaba el aspecto de las grandes solemnidades.

Morley, ataviado con su impecable chaqué, rodeado de invitados y curiosos, esperaba con impaciencia la llegada de la novia.

María de los Angeles, luciendo sus galas de novia, entraría en la iglesia de un momento a otro a los acordes de la "Marcha Nupcial». La imaginación de Morley la veía camino del altar, acompañada de su padre, avanzando lentamente...

Pero lo que oyó en la iglesia no fue precisamente la música de los violines tocando la famosa marcha de "Lohengrin". Unas violentas explosiones resonaron por toda la ciudad y sus ecos sorprendieron al sacerdote y a los invitados eme esperaban la celebración de tan fausto acontecimiento.

Seguidamente, el rumor de las sirenas de la policía y el chirriar de los coches de las ambulancias, invariablemente seguidos de gritos y voces de alarma, acompañaron como una música de fondo el seco retumbar de las explosiones.

La sorpresa había paralizado al numeroso grupo de personas preparadas para asistir a la ceremonia. Por un momento hubiérase dicho que "posaban" ante una máquina fotográfica.

El primero en reaccionar fue el padre Francisco.

—Retiraos, hijos míos — habló el sacerdote—. No me explico lo que ocurre, pero al amparo de los muros estaréis más protegidos. ¡Dios mío! Tal vez algún loco...

Pero no terminó la frase.

En el umbral de la iglesia acababa de aparecer una extraña figura de pesadilla. Era de corta estatura y vestía un traje muy ceñido y acolchado que le llegaba hasta la parte superior del cuello. Su rostro color de ébano contrastaba con el blanco acerado de los ojos, los cuales asaetaban con sus miradas al sorprendido grupo.

El extraño personaje, con un instrumento desconocido que llevaba en la mano, apuntó al interior de la iglesia.

—¡Virgen santa! —clamó el sacerdote—. ¡Protege a mis feligreses!

Se oyeron a continuación voces de mando pronunciadas en un idioma gutural y la horrenda visión desapareció tan misteriosamente como había venido.

Unas ráfagas de ametralladoras atómicas, seguidas de varias explosiones, pusieron fin al espantoso, concierto. Luego, resonando

corno un eco que va perdiendo intensidad, el lamento de las sirenas se apagaba lentamente.

La rapidez con que sucedieron tales acontecimientos fue mucho mayor de lo que se tarda en explicarse.

De repente, Morley, que estaba sumido en una semiinconsciencia, reaccionó violentamente.

—¡Mi Ángeles! — gritó—. La habrá pillado en el camino. ¡Maldita alarma!

Y salió corriendo en dirección a la calle. En la misma puerta de la iglesia tropezó con un hombre que venía en dirección contraria y cayeron los dos en el umbral.

— ¡Estúpido!—.bramó Alan—. ¡La puerta es ancha y no tenía que meterse en mi camino!

El exasperado novio amenazó con golpear al intruso que se había interpuesto en su camino. Era un hombre de edad madura, cabello cano y estatura pequeña.

—¡Alan! — gritó el hombrecillo intentando incorporarse.

El joven se detuvo un instante. Acababa de reconocer la voz de Don Jaime Martí, el hacendado de origen mejicano que muy pronto iba a ser su suegro. Pero, ¡en qué estado! Llevaba las ropas destrozadas y la cara chorreando sangre.

—¡Oh, Don Jaime...! ¡Por Dios, explíquese...! ¿Y María de los Angeles? ¿Dónde ha dejado a su hija?

—En la carretera...—balbuceó el atribulado padre—. Nos atacaron desde el aire... el coche quedó paralizado y tres artefactos voladores que nos venían siguiendo, aterrizaron cerca de nosotros. Intenté poner mi hija a salvo huyendo hacia el campo, pero ya nos habían rodeado... eran unos hombres pequeños... más bajos que yo — subrayó—, vestidos con extravagancia y más negros que un demonio...

El hombre hablaba con cierta incoherencia, enloquecido de terror.

—Pero, ¿y su hija? — insistió Alan— ¿Qué se ha hecho de ella?

Los ojos de Don Jaime adquirieron un color rojizo cercano a la locura; se agrandaron por momentos y al fin balbuceó:

—¡Raptada! Intenté impedirlo, pero fui golpeado violentamente y

perdí el sencido. Cuando lo recobré se estaba librando un singular combate ante mis ojos. Varios aviones militares, que por lo visto seguían de cerca a los misteriosos artefactos voladores, acababan de ser derribados. Una patrulla de coches blindados de la policía quedaron convertidos en pocos segundos en un montón de chatarra…

En aquel momento llegó el padre Francisco, seguirlo de varios invitados a la frustrada ceremonia.

—Cálmese, don Jaime, por Dios — recomendó el buen sacerdote.

—¡Ayúdenme, por favor! Le llevaremos a la rectoría en donde podremos proporcionarle los primeros cuidados.

Cuando los recién llegados conducían al herido al lugar indicado por el padre Francisco, éste buscó con la vista al infortunado novio para consolarle con sus atinadas reflexiones, pero aquel santo varón vio frustrados sus caritativos propósitos. Alan Morley había desaparecido.

* * *

Cuando Morley vio que las heridas de su futuro suegro no eran mortales y que el padre Francisco acudido en su ayuda, secundado por varios asistentes a la boda, corrió como un loco en dirección a la carretera.

Aquel golpe había trastornado su cerebro de tal forma, que el ejercicio violento era para el joven una necesidad. Llegó jadeante a un lugar situado a dos millas de la población. Un cordón de tropas y policías le impedían el paso. Después de un forcejeo con los agentes de la autoridad, fue reconocido por un teniente de Aviación, gracias a cuya ayuda le franquearon la entrada.

—Gracias, Nick— murmuró Alan—. Tengo que registrar estos contornos.

—Creo que ese traje no es el más apropiado para tales servicios — repuso el teniente.

Alan se miró en la reluciente superficie de un coche de policía.

Su amigo tenía razón. Con el chaqué puesto y la flor en el ojal., su figura presentaba un pintoresco contraste con la situación. Alguien le tiró unas fotografías y algún reportero intentó entrevistarle. Nick se encargó de librar de intrusos a su amigo. Minutos más tarde llegaron al lugar del suceso.

En aquel momento, Frank Rolan, famoso inspector de policía, hablaba con el general Curtís, jefe de la base aérea de Santa Fe.

—Mi opinión es que el robo no ha intervenido para nada en los planes de los misteriosos agresores. La camioneta blindada del Banco Nacional era portadora de una verdadera fortuna en lingotes de oro y billetes. El vehículo presentaba un boquete en la parte anterior, siguiendo una dirección casi vertical, cuya abertura parecía efectuada con un gigantesco soplete. Los conductores resultaron carbonizados; los coches de la escolta, destruidos. Pero aún hay más...

Rolan indicó con la mano una línea que cruzaba la modernísima autopista. En el lugar indicado por el detective, se vela el asfalto fundido. La línea pasaba por encima de los vehículos destrozados y afectaba también a una hilera de árboles, los cuales aparecían completamente quemados.

El general Curtís meneó la cabeza de una manera significativa.

—No hay duda, querido Frank — repuso. Esta es la agresión número Veinte de los Piratas del Espacio en lo que va de año. Aquellas primitivas historias que parecían fruto de la imaginación de periodistas exaltados, son hoy día una realidad evidente. Recogeremos una vez más las pruebas e informes y los someteremos al Gobierno...

Alan ya no escuchó más. Dejó al teniente ocupado en dar órdenes para la recogida de materiales y se alejó siguiendo la carretera. Allí, con el motor aplastado contra un árbol, encontró al coche utilizado por su suegro en el momento de llevar la novia a la iglesia. La parte posterior del coche estaba intacta. Morley se puso al volante e imaginó qué camino tomaría él mismo, en caso de alarma aérea. Volvió a salir y caminó una docena de pasos campo a través. Entonces vio unas huellas sobre la tierra recién labrada, que siguió sin vacilar. De pronto, algo que había en el suelo llamó la atención del joven. Eran flores. Reconoció el ramo de azahar que él mismo había comprado a su novia. Lo acercó a su cara y notó que aún despedía intenso perfume.

—¡Ya está! —gritó un periodista mientras guardaba su máquina fotográfica. La nota festiva no puede faltar.

* * *

La prensa dio un gran revuelo al suceso y las editoriales de los periódicos informaron ampliamente a sus lectores. Los gobiernos no ocultaban su preocupación, mientras los sabios se debatían en una

interminable polémica sobre la procedencia de aquellos desconocidos agresores del Espacio.

Pero el ministro de Defensa no permanecía inactivo. Los sabios más eminentes de la Tierra trabajaban desde hacía varios años en la construcción de un gigantesco cohete capaz de explorar las inmensidades siderales. Esta labor se efectuaba dentro del mayor secreto. No interesaba aumentar la alarma que podría degenerar en un pánico incontenible. De los cinco continentes se recibían noticias de casos parecidos al que ocurrió en la pequeña ciudad de Nuestra Señora de Guadalupe.

En un lugar secreto del desierto de Nevada,, se hallaban reunidos cuatro hombres, Stevens, ministro de Defensa Universal, presidía aquella pequeña asamblea. Gene Stanley, astrónomo; Walter Kraus, ingeniero industrial e ilustre matemático, y Gastón Saint Germain, técnico en cuestiones aeronáuticas, discutían acaloradamente.

—Mi opinión — habló el ministro — es que los platillos agresores provienen de Venus. En la última reunión de profesores de Astronomía, celebrada en Harvard, la mayor parte de opiniones sustentaban esta tesis.

Saint Germain intervino:

—No les creo tan torpes. Según todos los indicios, los hombres que tripulan los artefactos agresores disponen de una técnica que estamos muy lejos de soñar. Además, les creo al corriente de todas nuestras posibilidades. Forzosamente se habrán dado cuenta que la energía atómica puede llevarnos a la conquista del Espacio, y que Venus sería dirimer planeta visitado por los hombres de la Tierra. Los ladrones son como las zorras; respetan los gallineros cercanos a sus cubiles. Por tanto, insisto en, mi afirmación de que el nido de los Piratas del Espacio se halla en Mercurio.

El canadiense sacó un paquete de cigarrillos; ofreció un pitillo a cada uno de sus compañeros de mesa y después de darles lumbre, se sentó tranquilamente.

Stanley se levantó nervioso. Iba a replicar violentamente, pero la presencia del ministro le contuvo. Entonces, después de aspirar profundamente el cigarrillo, soltó una fuerte bocanada de humo. Aquello le calmó algo los nervios y sentándose nuevamente, replicó:

—Señores: Veo que a pesar de mis argumentos demostrando que Marte es el único planeta con posibilidades de vida, siguen nuestras divergencias y sin posibilidades de ponernos de acuerdo. Continuar

hablando seria repetirles lo que durante veinte años vengo publicando en todas las revistas científicas. Creo que lo mejor sería oír primero la opinión del señor Kraus y luego que sea el Gobierno quien decida.

Stevens tocó un resorte y en la pantalla apareció una figura. Era el ministro del Interior de Europa. Con voz metálica, anunció:

—Adolfo Kraus ha desaparecido. Asistía al Congreso de Berlín, cuando se produjo un ataque de los misteriosos platillos volantes, Diez aviones derribados, el edificio del Colegio de Astrónomos con graves desperfectos y centenares de víctimas constituyen el resultado de esta nueva agresión.

La respuesta del ministro fue lacónica:

—Procuren socorrer a las víctimas. Recojan los informes fidedignos y detallados y eviten en lo posible que la alarma se generalice. Pronto dispondremos de medios para repeler tales agresiones. Corto.

Walter Kraus, que en aquel momento se había levantado para hablar, recibió el impacto con estoicismo. Todos le vieron palidecer, pero ni un solo músculo de su rostro se había alterado.

—Lo siento, señor Kraus — dijo el ministro —. Hubiera dado cualquier cosa para atenuar el golpe. No obstante, podemos suspender la reunión y continuarla más adelante.

—No es necesario, señor Stevens—contestó con entereza el sabio —. Mi intervención se reducía a anunciarles que el cohete "Alfa" está terminado y a punto de saltar al espacio. No hemos omitido ningún detalle y solamente falta señalar el punto de destino.

—Ya está decidido — concluyó el ministro —. Las exploraciones se efectuarán por este orden: Venus, Mercurio y... Marte.

* * *

Faltaba solamente un cuarto de hora para que modernísima astronave, orgullo de los sabios de la Tierra, emprendiera el viaje al espacio. Un contratiempo inesperado había surgido a última hora. Gastón Saint Germain había desaparecido sin dejar rastro alguno.

— ¡Esto es increíble! — gritaba Stevens ante el reducido grupo de sabios que le rodeaba— Conozco desde hace años a Saint Germain para suponerle capaz de esta jugarreta. ¡Algo le habrá ocurrido!

—¡Mira allá lejos!— dijo alguien, señalando al horizonte.

Todos se volvieron hacia la dilección indicada.

—Un avión — comentó el ministro—. Saint Germain llega oportuno.

Minutos más tarde, el velocísimo aparato aterrizaba verticalmente ante el grupo. Un hombre había descendido del avión y se dirigía rápidamente hacia el cohete.

—¡Magnífico! — exclamó Stevens—. A la hora en punto podrá salir el vehículo. Mi prestigio, ante mis colegas de Gobierno, está a salvo!

Stanley, a quien la desaparición del canadiense había vuelto tan taciturno como su compañero, desahogó su alegría,

—¡Hurra! — gritó mientras abría la puerta inferior del cohete—. ¡Al fin has venido!

Pero el hombre que apareció en el marco de la puerta no era Saint Germain.

—¿Qué significa esto? — inquirió Stanley al ver a un desconocido vestido con el traje de piloto.

—Soy Alan Morley, australiano, ingeniero al servicio de las Líneas Aéreas Universales. Mi vida no tiene ningún objeto en la Tierra y como ustedes son unos suicidas al servicio de la ciencia, he venido a ponerme a sus órdenes.

En pocas palabras, Morley explicó sus desventuras a los dos sabios. Cuando hubo concluido. Stanley consultó el reloj,

—Faltan dos minutos — comentó—. Siéntese en aquel sillón y sujete bien las correas.

El astrónomo observó que Kraus le dirigía una muda interrogación, pero el tiempo apremiaba y tranquilizando a su colega con una mirada significativa, se acomodó al lado de Morley.

Éste permanecía callado. Stanley continuó:

—La verdad de tu historia es bien patente. Los periódicos se encargaron de publicarla con profusión de detalles y abundancia de fotografías. Pero hay algo que quisiera aclarar. La construcción de este cohete y la fecha y lugar de partida, han permanecido en el más riguroso secreto. En estos momentos esperábamos a Gastón Saint Germain, pero en su lugar has venido tú. ¿Cómo se explica todo esto?

—Muy sencillo — repuso Alan —. Me dirigía a Las Vegas cuando al volver el recodo denominado "Curva del Lobo", me pareció observar una leve columna de humo que surgía del fondo del ribazo. Detuve mi coche y descendí al lugar, presagiando una desgracia. No me habla equivocado. Un automóvil con el motor incendiado y un hombre que yacía a tres pasos de la chatarra humeante, confirmaron mis suposiciones. El herido estaba muy desfigurado, pero vivía aún. Por la documentación que hallé en sus bolsillos descubrí su identidad.

"—Es inútil — murmuró cuando supo mi nombre y mis deseos de llevarle al hospital más cercano—. Esto se acaba... pero le suplico un favor...

"Con una voz que se quebraba por momentos, me contó el lugar donde debería verificarse el lanzamiento del cohete, suplicándome que justificara su ausencia.

"Prometí cumplir su última voluntad y durante el camino he tomado la decisión de ocupar su puesto...

Una violenta explosión apagó las últimas palabras de Morley.

El cohete se ponía en marcha, rumbo a lo desconocido,

CAPÍTULO II

El gigantesco cohete "Alfa», a los veintiún días de viaje, cruzó la órbita de Venus.

Gene Stanley, que se pasaba el turno que le correspondía de guardia, sin separarse del telescopio de a bordo, exclamó entusiasmado:

—¡Eureka! ¡Cuánto lamento que no se hallen aquí aquellos pedantes de Harvard!

Sus dos compañeros de viaje despertaron de súbito, ante tan estentóreos gritos.

Walter Kraus se incorporó, desperezándose, y después de tomar un comprimido de vitaminas como desayuno, se puso al telescopio.

—¡Maravilloso!—murmuró observando atentamente —. Pero sigo creyendo que los Piratas del Espacio tienen su madriguera en un mundo más lejano. Venus sería excesivamente vulnerable en caso de un ataque terrestre.

En aquellos momentos la astronave recorría una zona situada entre el Sol y Venus. Este último podía verse en sus menores detalles por el lado iluminado, como un panorama terrestre desde la cima de una montaña.

Alan Morley se levantó sobresaltado, pero al darse cuenta de que sólo se trataba de asuntos astronómicos, bostezó ostensiblemente, rezongando:

—Estoy harto de panoramas aéreos. Espero que me avisarán cuando pisemos "tierra firme".

Y volviéndose del otro lado, se tapó con la manta.

Stanley, que además de astrónomo era filosofo y algo poeta, comentó:

—Amigo Walter, nuestro joven compañero ha sufrido un rudo golpe. Cuando leí en la prensa el "caso" Morley, debo confesar que me produjo muy poca impresión. Lo tomé como una de tantas anécdotas

jocosas, con las cuales los reporteros amenizan sus informaciones. De no tratarse de un hombre lo suficientemente conocido en los medios aeronáuticos, el reportaje se me hubiera antojado un "bluff". Cuando el muchacho se presentó con ánimo de ocupar el puesto de Saint Germain, ya no me cupo ninguna duda de que sufría lo que los médicos psicoanalistas denominan un "complejo". Acepté su colaboración sin titubear y porque en aquellas circunstancias no había otra solución; las cosas se hubieran complicado y no deseaba que la salida del cohete sufriera una nueva demora. Además, el sujeto que se encuentra en ese estado, conserva intactas sus facultades mentales, aunque éstas se hallen supeditadas a una sola idea fija...

—Comprendo... —interrumpió Kraus—. Pero tengo la seguridad de que Morley recobrará su estado normal en cuanto podamos descubrir el nido de los piratas.

En el año dos mil doscientos cincuenta de la Era Cristiana, el mundo había experimentado una radical transformación. Después de la tercera guerra mundial, la humanidad cansada de guerras y destrucciones había conseguido el sueño alimentado a través de tantos siglos. La creación del Estado Universal.

El movimiento encabezado por los científicos, apoyados por los militares de todas las naciones supervivientes de la gigantesca hecatombe, había dado sus frutos y los Estados Unidos de la Tierra eran una feliz realidad.

Cada continente se convirtió en un Estado federado y las antiguas naciones se transformaron en provincias del continente a que pertenecían.

Stanley miró nuevamente la superficie de Venus a través del telescopio.

—Estas nubes blancas rodeando la atmosfera de ese planeta parecen una bandada de palomas, pero todo es solamente una ilusión. ¡Mira!

Kraus observó a su vez.

—Prepara el diario de a bordo, Gene —dijo de pronto —. Anota,

Stanley cogió el libro, preparándose a escribir.

—La capa superficial del planeta Venus — dictó Kraus—.consiste en un suelo seco y rojizo. En el espectro se denota una tremenda cantidad de anhídrido carbónico... ¡Dios mío...! Si está cien veces más

cargada que en la atmósfera terrestre... carece de oxígeno y de vapor de agua... ¡Vaya! Completamente seco...

Kraus dejó el aparato y mirando a su colega, comentó:

—Con una atmósfera tan cargada de anhídrido carbónico no puede existir la vida. La temperatura minima es de cien grados centígrados... Si no llegamos a ser previsores, ¡menudo caldo hubiéramos proporcionado con nuestros huesos!

—Entonces, esas nubecillas...

—Son densas capas de nubes de vapor. Todos los cuerpos gaseosos que envuelven la superficie de Venus, al estar sometidas a tan elevadas temperaturas, forman las nubes que engañaron al ministro de Defensa,

Stanley cerró el libro que tenía en la mano y se puso al telescopio y enfocándolo en dirección a la Tierra, contempló largamente el mundo de donde habían salido. Luego murmuró:

—Visto desde aquí, nuestro planeta presenta las mismas características que ofrece Venus cuando es observado desde la Tierra, Pero los asesores del Ministerio de Defensa no tuvieron en cuenta la enorme lentitud con que Venus gira sobre su eje. ¡Treinta días terrestres! Esto, unido a la gran proximidad del Sol, convierte al planeta en un terrible horno. Mientras en el hemisferio donde da el Sol la temperatura está como para tostar a cualquier vivo, en el opuesto, es inferior a la de los crudos inviernos de Alaska. Sí consideramos los vientos huracanados que el contraste de temperaturas han de provocar, llegaremos a la conclusión de que la Muerte es la reina y señora de todo el planeta.

—Estamos de acuerdo, Gene. La teoría de Frank E. Ross era cierta. Ross, con aquellos anticuados telescopios del siglo veinte, demostró con sus cálculos lo que ahora hemos visto tan de cerca. Es más; los impugnadores del ilustre sabio, que cuando apenas terminaba la tercera guerra mundial, intentaron llegar a Venus, pagaron con la vida su testarudez.

—A mí no me extrañó que nadie hubiera acudido a darnos la "bienvenida". De ser cierta la teoría sustentada por el ministro, las aeronaves enemigas nos habrían interceptado el paso.

Kraus reflexionó unos instantes. De súbito se acercó a una mesita adosada a la pared de la aeronave, sacó un lápiz y comenzó una serie de complicados cálculos.

—Creo que lo más prudente sería regresar a la Tierra y dar cuenta al Gobierno del resultado de nuestra expedición. Disponemos de provisiones y combustible suficiente para seiscientos veintidós días de viaje. Si deducidos los veintiún días que llevamos de camino y otros tantos para dirigirnos pasando por la órbita terrestre hacia el planeta Marte, nos expondríamos a un fracaso. No me asusta la idea de la muerte; pero consideremos que los pueblos de la Tierra están pendientes del resultado de nuestras exploraciones y debemos ser dignos de la confianza que han depositado en nosotros.

Stanley, sonriendo complacido como el jugador de ajedrez que se dispone a dar un jaque mate, invitó a su colega a sentarse a la mesa y haciendo lo propio, sacó un mapa del bolsillo y habló en tono académico:

—Place cerca de veinte años que comencé a estudiar a fondo las posibilidades de realizar un viaje a través del espacio con las máximas probabilidades de éxito, y de explorar ese rojizo planeta que durante tantas generaciones ha sido el tema preferido para toda clase de novelerías: ¡Marte! Mis colegas vivían obsesionados con los problemas de obtener la máxima velocidad inicial y mantenerla a toda costa durante la ruta; en cambio yo buscaba nuevos sistemas y derroteros para conseguir la reducción de las enormes distancias que nos separan de Marte. Al fin di con la solución, que, por ser tan sencilla, se había escapado a la perspicacia de los demás astrónomos.

Kraus, asombrado por el tono de gravedad adoptado por el americano, el cual a pesar de sus cincuenta años y la responsabilidad de profesor de astronomia siempre hablaba en tono festivo, como si las ciencias fuesen un deporte cualquiera, se retrepó en su asiento y apoyándose la cabeza con ambas manos, concentró su atención.

Stanley prosiguió:

—El primer problema consistía en poseer tres tipos de velocidades, contrariamente a la opinión general. Por esto, cuando se comenzó la construcción de nuestro "Alfa" te encargué que procuraras a toda costa conseguir las "tres marchas"...

—Y lo hice — interrumpió el europeo —. No estaba de más añadir un perfeccionamiento al aparato...

—Te lo agradezco, Walter. No esperaba menos de ti. Ahora verás el servicio que te debe la Humanidad. Como decía, la primera marcha consistía en llevar el cohete a una velocidad suficiente, hasta el punto de contacto deseado y no más lejos. Calculé que para enviar el

vehículo a Marte, la velocidad inicial debía ser relativamente baja para que fuera lanzado con suavidad al espacio. Una vez llegado el cohete a la altura de unos 400 kilómetros, momento en que está en el vacío .absoluto, entonces la velocidad debe ser aumentada hasta catorce kilómetros por segundo. En estas condiciones está en situación de poder abandonar la órbita de la tierra.

—Pero, ¿y la "tercera marcha"?

—Se emplea al final. Primeramente descubrí que la ruta hiperbólica era la más eficaz y se conseguía ahorrar muchos millones de kilómetros en la distancia. La hipérbole, en el pasado, ha sido una especie de "oveja negra" de la Geometría. Los entusiastas de los espacios interestelares han huido de ella, principalmente, porque la situación de carburantes ha sido siempre tan mala para esta clase de viajes, que la consigna siempre había sido el conservar la velocidad inicial a toda costa. Pero con el carburante que tú mandaste poner a nuestro cohete, tenemos más que suficiente para llegar a Marte y regresar a la Tierra, sin ninguna dificultad.

— ¡Esto es asombroso, Gene!—exclamó Kraus entusiasmado.

Stanley, a despecho del tono grave de sus palabras, sonrió a su pesar. Después continuó:

—Y ahora estamos en condiciones de llegar a Marte siguiendo la aerodinámica ruta hiperbólica. Yendo "por hiperbólica" desde la órbita de Venus, que estamos cruzando en estos momentos, en veinticuatro días nos hallaremos en la de Mercurio, que se halla a unos cien millones de kilómetros del Sol. Entonces es el momento de poner la "tercera marcha" o la máxima que puede dar nuestro vehículo: sesenta kilómetros por segundo, A esta velocidad, a los sesenta y seis días volverá a cruzar la órbita de Venus y diecinueve días más tarde la de la Tierra, Finalmente, nuestro cohete aterrizará en Marte al cabo de ciento ocho días, cuando, el vehículo que siguiera la ruta clásica estaría todavía a unos trescientos cincuenta millones de kilómetros de distancia de este planeta.

Kraus, entusiasmado como un luchador que ha sido vencido en un ring, por un adversario noble y caballeroso, se levantó de su asiento y sin hablar una sola palabra abrazó a su colega.

—Así pues, amigo Walter, podremos seguir la ruta hiperbólica y cuando volvamos a entrar dentro de la órbita terrestre, daremos cuenta al ministro del resultado de nuestras exploraciones, empleando para ello la radio de a bordo. Al propio tiempo, exponiéndole nuestra

sospecha de que Marte no es ajeno a las perturbaciones sufridas por la Tierra, y que nuestras reservas de provisiones y carburantes nos permiten correr el riesgo, obtendremos la orden de descifrar de una vez el enigma de Marte.

—De acuerdo, Gene. Primero pondré en orden mis papeles para preparar un informe radiado al ministro y luego despertaremos a Morley para darle cuenta de nuestro proyecto. El trastorno mental que sufre no empaña su inteligencia. Estoy seguro de contar con su aprobación.

* * *

El cohete siguió la ruta fijada por el profesor Stanley. Los viajeros del espacio disfrutaron en la contemplación de las inmensas maravillas que constantemente les ofrecía el firmamento infinito. Sobre el cielo negro, el Sol presentaba el aspecto de un globo blanco y deslumbrador, con un tamaño doble del que se observa desde la Tierra.

Alrededor de la circunferencia solar, se veía un deslumbrante cerco de llamas rojas. Las manchas solares fueron fácilmente visibles. Lo que más impresionó a los tripulantes del "Alfa" fueron las irradiaciones de la corona solar extendiéndose inmóviles desde el Sol a millones de kilómetros, como si estuvieran congeladas en el espacio.

Los cálculos del ilustre profesor de la Universidad de Columbia, resultaron de una precisión casi matemática. Un día en que Stanley dormía profundamente, después de un dilatado turno de guardia, fue despertado de improviso por la voz grave y profunda de Kraus.

—¡Óyeme, Gene, despierta!

El americano abrió la boca en un amplio bostezo,

—¿Qué sucede, Walter?

—Acabamos de salir de la órbita de la Tierra.

—Estabas rendido, Gene. Todo está concluido. El Ministro de Defensa nos ha felicitado en nombre del Gobierno y de todos los pueblos de la tierra. He aquí el mensaje.

Kraus enseñó un papel en el cual estaba escrito en taquigrafía el mensaje del Gobierno en pleno.

—Como puedes comprobar, al final tenemos la orden de dirigirnos hacia Marte. No he querido despertarte antes porque

necesitabas reposo. Conviene que conserves tu lucidez, Gene. ¡Eres un genio! Todo ha sucedido tal como habías previsto. En estos momentos nuestro vehículo se mueve a la velocidad de sesenta kilómetros por segundo. La "tercera marcha" ha resultado un éxito.

Stanley sintió la inmensa alegría que proporciona un triunfo largo tiempo deseado. Su rostro se había iluminado en una amplia sonrisa. Do pronto, como obedeciendo a un desagradable presentimiento, una arruga de preocupación apareció en la ancha frente del astrónomo,

—Debernos estar preparados — murmuró—. Dentro de breves días entraremos en una sona que podríamos llamar las "fronteras aéreas de Marte". Los posibles enemigos podrían atacarnos. De ahora en adelante los aparatos de radar deben estar en pleno funcionamiento y las armas a punto de disparar.

—Lo tenía previsto todo. Mientras, vosotros descansabais he pasado revista a todos los utensilios y aparatos de que disponemos a bordo. Los trajes especiales están fuera de sus fundas y al alcance de nuestra mano; las bolsas de oxígeno llenas y las pistolas atómicas colocadas en las sobaqueras de los trajes...

—Así que lleguemos a la órbita de Marte, Alan dejará de ser una preocupación para nosotros. La inminencia de la lucha y la esperanza de hallar el paradero de su novia ejercerán el milagro.

Pasaron los días y los dos sabios se esforzaban en entretener al joven Morley, mostrándole todas cuantas maravillas podían observarse con el modernísimo telescopio. Los cuerpos celestes podían ser estudiados con una claridad tan diáfana, como nunca soñaron los astrónomos del observatorio de Monte Wilson.

Morley, como buen ingeniero, asimilaba con prontitud las especulaciones de Kraus, en los cálculos matemáticos. Stanley, las amenizaba con sus descripciones basadas en anteriores estudios que ahora se confirmaban plenamente.

—Esta calma me destroza los nervios — exclamó Morley en uno de aquellos monótonos días en los cuales no había otra distracción que la observación astronómica o los cálculos sobre el porvenir inmediato —. Este cohete se me antoja una prisión. ¡Daría diez años de mi vida por encontrarnos frente a frente con los monstruos que arruinaron mi vida!

En aquellos momentos Stanley, que como siempre no se apartaba del telescopio; gritó:

—Mira, Walter, ¿Qué me dices de eso que tengo ante mi vista? Y tú, Alan, ¡echa una ojeada!

Los dos hombres se acercaron al telescopio. Alan cogió el aparato.

La superficie de Marte podía apreciarse perfectamente en todos sus detalles. Unas líneas regulares surcaban el planeta de Norte a Sur y un casquete blanco adornaba uno de sus polos. De pronto, una terrible sacudida zarandeó al cohete, se apagaron las luces y la confusión reinó en el interior del vehículo.

Stanley fue el primero que pudo incorporarse. En medio de la oscuridad, en vez de dirigirse al telescopio, penetró a tientas, en la cabina de mandos y movió unas palancas.

—Es la bienvenida — comentó con su natural buen humor—. Confieso que la hubiera echado de menos.

—Han disparado sobre nosotros—dedujo Kraus—; evidentemente, alguien pretende interceptarnos el paso.

Un punto luminoso semejante a los cometas que en las noches de verano atraviesan la atmósfera terrestre se dirigía a gran velocidad sobre el cohete.

—Ha sonado la hora del zafarrancho de combate — gritó Stanley —. Un platillo de Marte en servicio de exploración. Hemos de destruirlo antes de que pueda informar detalladamente sobre nuestra situación. ¡Prepárate, Alan! ¡Demuéstrale la eficacia de nuestros proyectiles magnéticos!

Durante tres siglos los platillos volantes habían efectuado incursiones sobre la Tierra. Primero, aprovechando la guerra mundial que desangraba al planeta, y luego, durante el período de agotamiento que sigue a las grandes catástrofes.

Aquella vaga sospecha que en el siglo XX no llegó a ser tornada en serio por los elementos oficiales, se había convertido en una dramática realidad. Durante todo siglo XXII la Tierra fue sometida a constantes agresiones que casi siempre culminaban con la desaparición de personas de diferente edad y clase social. Últimamente fueron los científicos el blanco de tales atropellos. Los aparatos del Gobierno habían intentado la persecución de los misteriosos piratas del espacio, pero hubieron de desistir ante la superior velocidad de los artefactos enemigos. Las fotografías obtenidas no dejaban lugar a dudas sobre la naturaleza de sus agresores, pero la divergencia surgía cuando se trataba de determinar

su procedencia.

Una nueva sacudida puso a prueba la resistencia del "Alfa".

—Prepara el cañón, Morley — ordenó Kraus cuando estuvieron reparadas las luces —. ¿Ves aquella lucecilla? — añadió —. Cuando pase entre el triángulo del punto de mira, disparas.

Morley, que hacía mucho rato que acechaba la ocasión, oprimió un resorte.

Inmediatamente aquel punto luminoso que seguía al vehículo de la Tierra aumentó de tamaño de una forma lenta y estereotipada, que pareció quedar fijo en el espacio.

—¡Bravo, Alan! —gritó Stanley—. Has dado en el blanco. Ahora dirigiremos la ruta al lado opuesto a Marte. El único recurso para llegar sanos y salvos, consiste en dar un amplio rodeo al planeta y aterrizar en el hemisferio sombrío.

CAPÍTULO III

Kraus, con su habitual maestría, condujo el vehículo hasta penetrar dentro del cono formado por la sombra del planeta rojo. Allí detuvo la marcha del cohete y la fuerza de gravedad de Marte completó la maniobra.

Los motores de retropropulsión, movidos por energía nuclear, dejaron de funcionar, excepto uno que desarrollaba una fuerza moderada, la suficiente para evitar un choque excesivamente violento sobre la superficie del planeta

El aterrizaje se llevó a cabo felizmente, con las luces apagadas y guiándose solamente por la claridad que despedían las dos lunas de Marte.

Kraus consultó su reloj.

—Disponemos de seis horas para descansar — dijo—. Mañana será un día histórico para la historia de la Tierra. El nombre del cohete "Alfa" lucirá en las escuelas con el mismo fulgor que la carabela "Santa María», y nuestros apellidos serán equiparados al famoso genovés.

El astrónomo y el ingeniero, completamente rendidos por las fatigas de aquel interminable viaje, se echaron sobre sus camastros sin contestar siquiera. El matemático hizo lo propio y al poco rato aquellos atrevidos viajeros del Espacio dormían a pierna suelta.

Al día siguiente, cuando despertaron, hacía varias horas que la luz solar penetraba por las ventanas del cohete.

El espectáculo que se ofreció a la vista de los tres aventureros no podía ser más inverosímil. El cohete había quedado hundido por la popa dentro de un terreno oscuro y pantanoso, y en una posición

vertical. Una enorme extensión de agua y barro les rodeaba por todas partes. Clavado como un monolito cuya base profundizaba unos dos pies dentro la masa de lodo rojizo, permitió a sur- tripulantes observar los alrededores, cual si estuvieran en una atalaya.

—Ha llegado el momento — dijo Stanley con emoción—. Como no conocemos la composición de la atmósfera, nos pondremos los trajes especiales.

Silenciosamente prepararon sus equipos. Cada traje iba equipado con un pequeño aparato emisor- receptor de radio, una mochila con provisión de oxígeno y una bolsa de costado conteniendo toda suerte de utensilios, desde la brújula hasta el indispensable machete. En el cinto un par de pistolas, una de tiro ordinario como las usadas en el siglo XX y otra que disparaba proyectiles atómicos.

—La salida inferior está completamente obstruida— exclamó Stanley.

—Pero la puerta central se halla al nivel del suelo — repuso Kraus.

—Nos hundiremos en el barro — rezongó Morley—. ¡Tantos días de viajar en una prisión aérea, para quedar prisioneros en ese cenagal!

Las puertas exteriores daban a una pequeña antecámara que a su vez comunicaba con el interior de la aeronave por medio de una segunda puerta. Ambas podían cerrar herméticamente. De esa forma la provisión de oxígeno que formaba la atmósfera del interior del vehículo, cuya presión era idéntica a la terrestre, se mantenía intacta, únicamente escapaba el aire existente en la pequeña antecámara, pero esta insignificante pérdida, por estar ya prevista de antemano, no podría en ningún caso, influir en las reservas de aire respirable.

La primera sorpresa marciana asombró grandemente a los viajeros. Stanley, que iba delante, al saltar a tierra, comenzó a dar brincos como si actuara de primer bailarín en un "ballet" de la ópera de París.

— ¡Eh, Gene!, ¿qué te pasa? — preguntó Kraus alarmado, saltando, a su vez, en pos de su colega.

Pronto obtuvo la respuesta. El mismo salto que efectuado sobre un suelo terrestre no tendría nada de extraordinario, dada la menor gravitación y más baja presión del aire de Marte, les producía un rebote semejante al de una pelota de goma.

—¿Qué esperas ahora? — dijo Stanley dirigiéndose al joven Alan, que les miraba estupefacto—.¿Crees que bailamos "La danza del fuego"? .

Una carcajada fue la respuesta, Morley, desde la puerta del cohete, se preguntaba cómo los sesudos sabios podían entregarse a una diversión tan infantil.

El joven, sin dejar de reír, saltó a tierra. A su vez comprendió la extraña actitud de los hombres de ciencia. Porque el esfuerzo que en la tierra costaba dar un paso, en el suelo de Marte se recorría la distancia de tres.

—Es preciso aprender otra vez a caminar — comprobó Kraus—. ¡Vaya, muchacho, has tardado, pero la risa ha vuelto a tu rostro!

Los tres hombres comenzaron una serie de evoluciones tan ridículas que, de haber sido presenciadas por un habitante de la Tierra, les hubiera tomado por locos.

Se encontraban en una zona cerca del polo norte, en donde el hielo se derrite durante el día por efectos del calor solar. El suelo formaba ondulaciones en cuyas partes inferiores se escurrían centenares de hililllos de agua.

—Es preciso explorar esta región — sugirió Stanley cuando después de varias pruebas, consiguió adaptarse a lo que pudiéramos llamar una zancada regular.

—Allí, a lo lejos, se halla el casquete polar — repuso Kraus poniendo sus manos sobre los ojos a manera de pantalla—. Seguiremos la ruta hacia el sur. Deben de existir habitantes, puesto que hay agua...

—¡En marcha! — gritó Alan decidido—. Con este paso podemos recorrer centenares de millas en pocas horas, por lo tanto no es prudente perder más tiempo.

Y sin esperar la contestación de sus compañeros comenzó a caminar con pasos gigantescos, seguido de Stanley y Kraus.

Apenas llevaban media hora de camino, cuando Stanley ahogó un grito:

—¡Mira, Walter!—exclamó—. ¡Los canales de Marte!

En efecto, a unas distancias regulares se veían unas líneas largas que se perdían en el horizonte.

Se acercaron a la primera que encontraron. Era de construcción artificial, hecha de un material parecido al cemento que, de trecho en trecho, presentaba unas junturas.

—Son piezas prefabricadas — comentó Kraus—. Solamente deben preocuparse del transporte del material. En un principio aprovecharían los cauces naturales para recubrirlos después con estas piezas de cemento. Esto debe ahorrar una gran cantidad de agua, que, de otra forma, se infiltraría en el fondo del terreno, indudablemente existen en este mundo buenos ingenieros.

El terreno ahora aparecía completamente seco. Una espesa capa de musgo cubría el suelo en toda la extensión que podía abarcar la vista.

¡Mirad! — gritó Alan señalando el horizonte.

A ìo lejos se divisaba una gigantesca columna cuya parte superior parecía llegar hasta el cielo.

—Parece una antena de radio —Kraus murmuró—. Algo así como una gigantesca emisora, pero por su tamaño es imposible compararla con ninguna de la Tierra.

—Es extraño todo esto. Hasta el momento no hemos divisado otra forma de vida que este liquen amarillo, que, a manera de musgo, cubre la mayor parte de la superficie de este planeta.

Stanley, después de estas palabras, buscó en los bolsillos y sacó un paquete de cigarrillos. Luego estalló en una carcajada. Se había dado cuenta de que el traje especial herméticamente tapado le impedía entregarse a las delicias del vicio más popular de la Tierra.

De repente, el joven Morley, que iba a la cabeza del grupo, lanzó un grito de alarma:

—¡Aviones! ¡Cuerpo a tierra; no deben descubrirnos!

Todos a una se tendieron sobre la suave capa de musgo amarilla.

Por encima de sus cabezas volaban unos extraños artefactos de forma casi esférica, a una velocidad superior a la del sonido.

Stanley sacó unos prismáticos y observó atentamente.

—¡Truenos!—gritó—. Se dirigen a un altiplano que se ve en la lejanía.

Poco después aquellos extraños aparatos voladores se colocaban en fila y descendían uno tras otro sobre una amplia superficie; después y como por arte de magia desaparecieron tan misteriosamente como habían venido.

Un ruido semejante al redoble de docenas de tambores llegó hasta el lugar donde se encontraban los intrépidos exploradores de la Tierra.

—Parece una parada militar —dijo Kraus levantándose y ojeando los alrededores.

—Viene de aquella dirección — repuso Morley señalando un punto del horizonte en donde la Tierra parecía juntarse con el Cielo—. Espérenme aquí mismo. Un hombre solo será más fácil que pase inadvertido. Volveré en seguida.

Y sin esperar contestación se marchó dando unas gigantescas zancadas que desde lejos le hacían parecer un enorme saltamontes. En menos tiempo del que podía esperar y sin el más leve síntoma de cansancio llegó al lugar en donde el horizonte parecía cortado a pico. Una suave pendiente descendía de una forma gradual hasta llegar a ima profundidad de unos tres mil pies del lugar en que Morley se había detenido.

Al fondo de aquella fantástica depresión se divisaba una interminable llanura cubierta del musgo amarillo que caracterizaba la vegetación de aquel extraño planeta.

El espectáculo que se ofrecía a su vista era para intrigar al hombre más indiferente. Una extraña procesión caminaba con lentitud por el fondo de la inmensa llanura y se detenía frente a una colosal estatua que sin duda representaba algún dios o héroe marciano. La comitiva ofrecía un aspecto tan brillante, que comparada con ella, las cabalgatas de la Edad Media o la de cualquier rajá de la India, hubieran parecido unas miserables tribus de gitanos.

Morley sacó unos prismáticos y se dispuso a no perder detalle de aquel maravilloso desfile. Una formación de un millar de guerreros, provistos de trajes especiales y cascos rematados con un penacho de plumas de color escarlata, constituían la vanguardia, Ésta avanzaba formada de compactas hileras de veinte de fondo. Todos iban montados en unos extraños animales parecidos a los caballos terrestres. Las cabalgaduras iban adornadas de vistosas gualdrapas que relucían con el sol, centro de la comitiva estaba formado por un gigantesco cuadro militar que custodiaba a un pequeño grupo de nueve jinetes. Éstos, a su vez, vigilaban a un hombre atado con una

cadena al que arrastraban sin compasión.

—Algún preso — comentó Alan—. Va caminando entre sus guardias a caballo y está rendido de cansancio.

En aquel momento el batir de los tambores cesó instantáneamente y un agudo toque de clarines se dejó oír. Con una disciplina que cuatro siglos atrás hubieran envidiado los prusianos, aquella inmensa masa de combatientes evolucionó con precisión matemática y formó un cuadro rodeando a la estatua. Acto seguido se constituyó una especie de tribunal, cuyos miembros destacaban por el fastuoso lujo de sus atavíos.

Morley enfocó con los prismáticos a la colosal estatua que se erguía encima de la dorada columna que le servía de pedestal. La figura representaba a un guerrero de rostro enérgico y armado de coraza y escudo; en la diestra empuñaba una larga espada cuya punta apoyaba en el capitel. Las proporciones de la escultura eran perfectas y sus facciones regulares del más puro estilo griego.

La potencia de los prismáticos de Morley, adaptados para atravesar grandes distancias cubiertas por densa atmósfera terrestre, aumentaban la visual en la tenue capa ele aire que cubría a Marte, por lo cual se podían observar los menores detalles de cuantas imágenes se presentaban ante sus ojos.

—Marte, el dios de la guerra, rodeado de sus adoradores—susurró una voz cerca de Morley.

Éste se volvió sobresaltado, pero el rostro de Kraus, que sonreía a través del cristal del casco, tranquilizó al joven.

— ¡Vamos, muchacho! Parece que todo esto empieza a interesarte. Esperábamos en vano que nos dieras cuenta del resultado de tu exploración y en vista de que no regresabas hemos venido a tu encuentro. Temíamos que algo te hubiese ocurrido.

— ¡Oh, Dios mío! —exclamó Stanley mientras sacaba una máquina fotográfica del último modelo—. Este espectáculo no me lo pierdo por todas las riquezas de la Tierra. Mis colegas del observatorio del Monte Wilson se quedarán de una pieza cuando vean estas fotografías en color.

—¡Tu triunfo será completo, Gene! —gritó Kraus entusiasmado —. Y aquí estoy yo de testigo para que no duden los escépticos... si salimos con vida, naturalmente... No olvides que nos separan unos cuarenta y ocho millones de millas de nuestro planeta.

El europeo sacó a su vez otra maquinilla de su invención no mayor que la que había usado el astrónomo y, enfocando el objetivo, pulsó un pequeño botón.

—La "micro-film" en relieve — murmuró el joven ingeniero sinceramente admirado—. Si conseguimos regresar a la Tierra, el Ministerio de Asuntos Científicos pagará una verdadera fortuna por las películas que consiga impresionar...

—Mirad — dijo Stanley guardándose la máquina fotográfica y sacando los prismáticos—. Incluso a simple vista puede observarse que se trata de alguna ejecución.

En aquel momento el redoble de tambores se percibía perfectamente.

Todos miraban anhelantes a través de sus aparatos ópticos.

De súbito, las vibrantes notas de un himno guerrero brotaron de millares de gargantas. La música de centenares de trompetas, clarines y tambores acompañaba el maravilloso canto guerrero, formando una sin igual armonía que impresionó vivamente a los exploradores de la Tierra, El mismo Wagner hubiera dada varios años de su vida para poder registrar en notas musicales semejante concierto.

Los tres hombres escuchaban emocionados.

En aquel memento, varios puntos brillantes aparecieron en el cielo azul intenso de Marte.

Abajo, al pie de la gigantesca estatua, un individuo ataviado con blancas vestiduras se había adelantado hacia el preso, que, con majestuosa dignidad, esperaba el final de aquella ceremonia. El himno había cesado, sucediéndole un lento batir de tambores. Una mesa que por su blancura parecía de mármol separaba al que oficiaba como gran sacerdote del presunto reo.

— ¡Son hombres!—exclamó Stanley como despertando de un sueño—. Al parecer, muy semejantes a nosotros, y las cabalgaduras posiblemente constituyen los caballos marcianos.

—Pero ¿dónde tendrán las viviendas, pueblos o ciudades? — preguntó Kraus visiblemente impresionado por la grandiosidad de aquel maravilloso espectáculo—. Hasta el momento, no hemos hallado ni una choza.

De pronto el europeo sintió que la sangre hervía en sus venas. El redoblar de tambores aumentó en intensidad.

El presunto sacerdote de albas vestiduras empuñaba un largo cuchillo. Dos miembros de la escolta del sujeto, que sin duda sería un preso de elevada categoría, se situaron a ambos lados del reo, arrastrándolo a la fuerza hacia la mesa del sacrificio. El sacerdote señaló con la mano indicando a la víctima que se tendiera sobre la mesa.

El preso miró a su alrededor en actitud arrogante. Levantó los ojos al cielo cual si elevara una plegaria, pero al tropezar sus ojos con la elevada mole de la estatua, movió la cabeza hacia atrás en un gesto que denotaba el más profundo desprecio.

Entonces ocurrió algo extraordinario. El sacerdote levantó la diestra armada y, adoptando una solemne actitud, esperó que los sicarios arrastraran al preso, obligándole a ponerse de hinojos ante la mesa del sacrificio. El momento supremo había llegado.

Kraus observó que Stanley tenía la vista fija en el firmamento en donde unos puntitos brillantes surcaban el espacio en todas direcciones. Súbitamente, uno de aquellos extraños meteoros ejecutó una rápida maniobra en picado a una velocidad increíble, en el preciso momento en que el sacerdote se disponía a inmolar a la víctima. El sacrificador quedó en actitud vacilante durante breves instantes y ante el asombro de la multitud, el cuchillo resbaló de su mano mientras cala de bruces al pie de la estatua.

Los terrestres pudieron contemplar la rapidez de la maniobra desde su improvisado observatorio.

La multitud de guerreros, completamente sugestionada por la gravedad de la ceremonia que el batir de los tambores hacía más impresionante, no percibió el ruido de los aparatos ni sospechó su presencia.

Pero cuando uno de los sicarios se acercó al sacerdote y después de examinarlo comprobó que había muerto, un clamoreo de sorpresa se elevó de millares de bocas.

Entre tanto, el preso, que al parecer acechaba aquella ocasión, se había deslizado del grupo de sus guardianes en el momento de caer estos últimos fulminados misteriosamente.

El reo tiene amigos — comentó Alan —. Le defienden desde el aire.

—¡Los aparatos atacan! — exclamó Kraus— ¡Mirad, han abierto una brecha!…

Los rayos misteriosos, procedentes de los aviones marcianos, brillaron varias veces, siempre seguidos de un rumor semejante al trueno.

—El ala izquierda de la formación está prácticamente deshecha — dijo Alan que seguía todos los movimientos de aquella extraña lucha.

En aquel momento, debió producirse la reacción del ejército sorprendido, por cuanto desde tierra comenzaron a brotar millares de rayos parecidos a los que habían surgido de los artefactos voladores.

—¡Son valientes y disciplinados! — comprobó Kraus—. Caen segados como espigas, pero ninguno abandona su puesto.

Unos agudos toques de clarín se dejaron oír. Seguidamente la multitud de guerreros que después de la sorpresa inicial se defendían formados a pesar de las enormes bajas sufridas, obedeciendo a los toques militares se desparramaron por una extensa zona del interior de la llanura.

—Se me antoja una tormenta sin nubes — replicó Stanley.

Así era, en efecto, A pesar de hallarse en pleno día, el brillo intenso de aquellos rayos se distinguían perfectamente. Los exploradores terrestres contemplaban aquella singular batalla que tenía por escenario el fondo seco de uno de los mares muertos de Marte.

— ¡Un grupo de guerreros se acerca a nosotros! — gritó Alan dando la voz de alarma.

Las cosas habían tomado un giro insospechado. Los representantes de la Tierra vieron a uno de aquellos extraños seres subiendo la pendiente que desde el fondo de la llanura conducía al lugar que ocupaban, A pocas yardas de distancia le seguía un grupo de jinetes.

—Es la víctima destinada al sacrificio — exclamó Alan —. No tardarán en darle alcance.

Una lucha similar se desarrolló a la vista de los hombres terrestres. Durante la confusión producida por el inesperado ataque de los aparatos voladores, el preso se había apoderado de la espada de alguno de sus guardianes y a pesar de que aún conservaba la cadena que le sujetaba ambas manos, luchó como un león acorralado. Pronto cayeron varios perseguidores. El fugitivo continuaba huyendo cuesta

arriba y de vez en cuando se detenía para defenderse de los que tenía más cerca.

— ¡No puedo soportar esta situación! — gritó Alan —. Este hombre es un valiente y no permitiré que le den alcance.

En aquel momento varios hombres a caballo habían rodeado al preso, el cual, a pesar de la lucha desesperada que estaba sosteniendo, comenzaba a dar evidentes muestras de cansancio. La lucha era tan violenta que podía oírse el ruido de los aceros y a pesar de que todos los combatientes llevaban el traje especial con casco y bolsa de oxígeno en la espalda, por el movimiento del tórax se adivinaba una respiración jadeante.

De pronto, el fugitivo dio un paso en falso y cayó a tierra. Uno de sus perseguidores intentó atravesarlo con la espada, pero sonó un disparo y el jinete cayó atravesado de un balazo.

—¿Qué haces insensato? — inquirió Stanley —. ¿Quieres que nos descubran?

En las manos de Alan había aparecido su pistola automática de tiro normal y apuntaba decidido a los enemigos del fugitivo.

—No pueden ser hombres de bien — repuso Alan sin volver la cabeza—. Intentan asesinar a un valiente, y aquí estoy yo para impedirlo.

Y acompañando la acción a la palabra, Morley disparó hasta siete veces. Otros tantos jinetes fueron derribados de sus cabalgaduras, que, libres del peso que soportaban y asustadas por las detonaciones, huyeron en diferentes direcciones.

—Temo que nos hayan descubierto — murmuró Straus—. Si nos cogen liados en un asunto que no nos importa, y en este planeta desconocido para nosotros, estamos perdidos.

Alan Morley era australiano y como les sucede a los naturales del Novísimo Continente, admiraba el valor individual. Su profesión de ingeniero de las Líneas Aéreas Mundiales y las centenares de millas que pesaban en su haber como piloto, acentuaban la natural inclinación que sentía a admirar el arrojo y la valentía.

Abajo, en el fondo de la llanura que en otros tiempos sería el lecho de algún mar, continuaba el desconcierto. Una tremenda explosión se dejó oír. Uno de los aparatos había sido derribado, pero los restantes continuaban asaetando con aquellos mortíferos rayos, al

ejército que se había desparramado en innumerables guerrillas.

Morley, sin consultar siquiera a los dos sabios que con tanto éxito habían organizado aquella expedición interplanetaria, se lanzó en pocas zancadas al lugar en donde yacía el hombre que tan milagrosamente había escapado de la solemne ejecución en la que era el único protagonista.

El caído había perdido el conocimiento. Uno de los golpes asestados por sus adversarios le había dado en el cáseo causándole una abolladura, que, afortunadamente, no atravesó el fino metal del casco del paje especial.

—El Amor y el Valor son dones divinos, amigo — murmuró Alan recogiendo en sus brazos al fugitivo—. Y aunque sé que no me entiendes y que seguramente no puedes oírme, debo añadir que mi Dios, que es también el tuyo, y el de todos los planetas y estrellas que pueblan el firmamento, tal vez habrá dispuesto las cosas así, para cambiar el cursa de vuestra historia.

En pocos saltos, el joven ingeniero llegó al lugar en donde le estaban esperando los dos sabios.

—Has cometido una imprudencia, muchacho — dijo Kraus sin apartar la vista del lugar en donde terminaba la llanura y comenzaba la cuesta que conducía hacia la orilla de aquel mar desecado—. Un escuadrón de jinetes nos ha descubierto y se dirige hacia nosotros.

—No queda otro recurso que emprender una rápida retirada hacía el cohete —aconsejó Stanley—. Comprendo los sentimientos de Alan y aunque mi deseo hubiera sido explorar minuciosamente este planeta, lo más urgente por ahora, es ponernos a salvo. ¡En marcha!

Con un enorme brinco, Stanley mostró a sus compañeros cuál era el camino a seguir. Kraus no se hizo rogar emprendiendo la misma ruta seguido de Alan que, a pesar de llevar al marciano herido entre sus brazos, no perdió la agilidad que le proporcionaba la inferior gravedad del planeta Marte.

Unos segundos más tarde, el intenso brillo de un relámpago les dejó casi deslumbrados, a pesar de hallarse en pleno día y el ruido de un trueno retumbó a sus espaldas.

CAPÍTULO IV

Kraus volvió la cabeza. En el lugar en donde poco antes habían presenciado los acontecimientos de aquel día, se veía un hoyo de regular profundidad.

—Han disparado desde abajo — comentó—. Debemos parapetarnos antes de que puedan enfilarnos nuevamente con ese terrible rayo. ¡Pronto, escondámonos detrás de aquellas colinas!

A la derecha se vislumbraba una suave cordillera, cuyas estribaciones de granito les podría resguardar de la vista y proyectiles enemigos.

—Trae al herido; voy a relevarte — dijo Stanley—. Nuestra salvación depende de que lleguemos a la cordillera rocosa antes de cinco minutos.

—Sigan ustedes adelante. Este sujeto no pesa más de veinticinco libras. Mi sobrina Kate que solamente tiene diez años, pesa, mucho más.

A lo lejos aún se oían las explosiones. Evidentemente la batalla no había terminado.

Al llegar al pie de las montañas, Stanley miró hacia atrás. En aquel momento un grupo de perseguidores había llegado a la parte superior de la pendiente que constituyó en otro tiempo la playa de aquel mar muerto. Varios jinetes habían desmontado y colocaban al suelo una extraña máquina parecida a un pequeño telescopio. El que manejaba el aparato, al comprobar que los intrusos que les habían arrebatado la presa aún no habían franqueado las montañas, apuntó a los terrestres con la misteriosa arma.

—Solamente un milagro puede salvarnos — gritó Kraus—. ¡Vamos, cuerpo a tierra!

—¡Yo tengo la culpa de todo esto!—dijo Alan arrepentido —. He de evitar que ustedes mueran por mi causa.

Y sin soltar al marciano que llevaba en brazos, comenzó a saltar desesperadamente, apartándose de sus compañeros.

—Si disparan no quiero que sucumban conmigo — añadió.

El soldado que manejaba la misteriosa máquina seguía apuntando al joven Morley, el cual dando terribles saltos se alejó ele sus compañeros.

Stanley y Kraus no se atrevían a mirar por temor de ver caer al joven ingeniero fulminado por la terrible potencia de aquellos rayos destructores.

De súbito, en un lugar de la montaña situado entre Alan y sus compañeros, se abrió una especie de escotilla entre las rocas muy parecida a las de los submarinos y un tubo largo y brillante apareció apuntando a los soldados. El brillo del relámpago seguido del retumbar del trueno, sobresaltó a los viajeros del "Alfa", que se tiraron al suelo completamente amedrentados, al ver por primera vez tan de cerca aquella terrible máquina marciana. Nuevamente los efectos del misterioso rayo se dejaron sentir. El escuadrón de perseguidores había sido barrido del lugar que ocupaban, e incluso la máquina parecida al telescopio desapareció por completo.

—De momento estamos a salvo — dijo-Alan—. Ahora es el momento de atravesar las montañas.

De repente y como por arte de magia, los exploradores terrestres se vieron rodeados de unos extraños individuos que con la diestra levantada les hacían señas amistosas.

Medían escasamente cinco pies de estatura y a pesar de que iban provistos de trajes especiales con casco y bolsa de oxígeno a la espalda, se podía adivinar que estaban bien proporcionados.

Dos de ellos se acercaron a Alan y cogiendo con el mayor cuidado al fugitivo herido, penetraron al lugar en donde había aparecido el arma providencial que salvó a los expedicionarios terrestres.

El que parecía ser el jefe, cogiendo a Alan de la mano y señalando la boca de la cueva, dijo algunas palabras en un idioma desconocido.

—No te comprendo, amigo —repuso Morley—. Pero sí estoy convencido de que acabáis de salvarnos de un peligro mortal. ¡Vamos, señores!—añadió, dirigiéndose a los dos sabios—. No hay tiempo que perder. Ante nosotros se abre un magnífico refugio. Si llegan más perseguidores quizás el Gobierno de la Tierra se verá privado de

conocer el resultado de nuestra exploración.

Los marcianos que formaban un círculo alrededor de Stanley y Kraus, cogieron a ambos sabios del brazo, y, sin dejar de gesticular, les acompañaron hasta la boca de la cueva,

—Podemos confiar en ellos — afirmó Alan —. Después de todo nos acaban de salvar la vida y si vuelven los guerreros de la llanura, no doy dos centavos por nuestro pellejo.

Entraron por la estrecha abertura. El interior formaba un túnel que se ensanchaba de una forma gradual, oscuro como una boca de lobo, de unos siete pies de altura por cinco de ancho. El impetuoso australiano que, acompañado del jefe del grupo entró el último, observó que su compañero apretaba un resorte oculto en un lugar de la pared rocosa y una enorme piedra pulimentada por las caras interiores, tapaba herméticamente la boca de la cueva.

En los escasos segundos que Morley pudo observar la entrada de la gruta, recibió la impresión de que a unos cincuenta pies de la abertura que daba al exterior, el túnel formaba un recodo que impedía ver a dónde conducía y cuyas paredes de roca, cortadas a pico, demostraban que había sido construido por mano del hombre.

Luego, las tinieblas reinaron en el interior de aquel misterioso pasadizo.

Caminaron cosa de una media hora, que a los exploradores terrestres se les antojó medio siglo. Poco a poco, Stanley, que iba delante acompañado de uno de aquellos extraños guías, percibió una leve claridad que a medida que avanzaban aumentaba en intensidad.

—Walter — gritó—. ¿Te has vuelto mudo?

—Estoy aquí, Gene. ¿Tienes miedo?

Una carcajada resonó detrás de ellos.

—Señores — terció Alan —. Aunque en estos momentos no está el asunto para chistes, debo decirles que empieza a gustarme la aventura. Quizá dentro de poco estos amables y oportunos aliados podrán aclararnos muchas cosas.

Llegaron a una espaciosa estancia de altas columnas de granito v cuyo techo abovedado daba la impresión de una catedral subterránea. La luz penetraba por diferentes lugares a través de gruesos cristales de roca. Un hombre lujosamente vestido les dio la bienvenida en un extraño idioma, al propio tiempo que el ruido de pasos acompasados

llamaba la atención de los emisarios de la Tierra.

El jefe que mandaba el grupo, después de responder en la misma lengua al personaje elegantemente ataviado, emitió un sonido gutural. Al instante cesaron los pasos y varias voces gritaron al unísono una palabra monosilábica.

Stanley, que era el primero que había penetrado en la estancia acompañado de su guía, fue el que antes se dio cuenta de la situación.

La inmensa nave, espléndidamente iluminada por la luz del día, era una especie de cuartel o cuerpo de guardia de algún ejército que estuviese ele guarnición en las fronteras. Las paredes adornadas con sobriedad castrense daban la impresión de una sala de armas de algún castillo feudal, tan grande era la cantidad de panoplias cubiertas de armas que pendían de los muros.

Cuando los ojos de los atrevidos exploradores pudieron acostumbrarse al brillo de la luz natural, se vieron caminando entre una doble fila de soldados cuyas armas relucían con plateados destellos. No llevaban traje especial como los guías que les acompañaban, los cuales, apenas llegaron se dirigieron a una hilera de ganchos adosados a la pared y después de quitarse el casco con mirilla de cristal, lo colgaron cuidadosamente.

—Empiezo a comprender — susurró Kraus al oído de Stanley—; estos hombres están acostumbrados al aire pobre en oxígeno de Marte y pueden resistir algún tiempo sin casco, pero nosotros moriríamos en pocos instantes si hiciésemos lo propio.

El personaje que les salió a recibir, mientras sonreía bondadosamente, les hizo un gesto indicando que se quitasen el casco.

—Señor, lo sentimos muchísimo — repuso Alan en un tono que no se podía adivinar si hablaba en serio o en broma—. Mis compañeros y yo tememos asfixiarnos por falta de oxígeno. El mundo de donde venimos es inmensamente rico de ese elemento...

—No temáis, hombres de la Tierra — interrumpió el dignatario en perfecto inglés—. El aire de nuestro mundo interior es tan puro como el de vuestro floreciente planeta.

El mayor asombro se pintó en los ojos de Stanley, el cual miró a Kraus, como preguntando sí no le habían engañado sus oídos.

El europeo se había quedado de una pieza y a su vez miró al joven australiano, el cual parecía petrificado.

Alan, mientras contemplaba a un grupo de criados vestidos con una especie de túnicas griegas, que en aquellos momentos atendían al guerrero herido en el mundo exterior, hizo un movimiento para hablar, pero la lengua parecía pegada al paladar.

—¿Habláis inglés! — balbuceó al fin—. ¿Sois acaso...?

—Soy de este mismo planeta, como todos mis antepasados, pero ya hablaremos luego de estas cosas... De momento quitaos el casco que estaréis fatigados y necesitáis un descanso. Nada temáis de nosotros, de otra forma nunca os hubiéramos traído al reino de "Aquas Bóreas".

El australiano, sin hacerse rogar por más tiempo, se quitó el casco.

Libre ya de aquel aparato que durante muchas horas le dificultaba un poco la libertad absoluta de movimientos, Alan respiró a pleno pulmón. Entonces se dio cuenta del personaje que tenía enfrente y de la raza de hombres que constituían los habitantes de aquel mundo subterráneo.

El dignatario era un hombre de unos cinco pies y cuatro pulgadas de estatura, que, como más tarde pudieron comprobar, comparado con los de las otras razas que viven en Marte, era un buen mozo. Su piel de color bronceado claro y los ojos de un verde azulado daban un aspecto interesante al personaje. El cabello de un blanco platino le confería cierta gravedad que conjugaba muy bien con el porte majestuoso que presentaba en aquellos momentos.

—Soy Dakor-Jhan, primer ministro del príncipe Thuran-Din, soberano de Aquas Bóreas, la más septentrional de las naciones de este planeta. En primer lugar, os doy la bienvenida y os manifiesto el agradecimiento de mi Señor y de toda la nación, por el servicio que nos habéis prestado librando de una muerte ignominiosa a nuestro querido Príncipe. Dignaos aceptar la hospitalidad que os ofrecemos y a la que vuestro heroico comportamiento tiene derecho. Pronto las sombras de la noche se cernirán sobre nuestro mundo y vuestros fatigados miembros podrán entregarse al descanso.

Siguió un silencio embarazoso, durante el cual, Stanley y Kraus se quitaron maquinalmente el casco. Varios sirvientes que, silenciosamente se habían acercado, recogieron los aparatos y los colgaron de los ganchos preparados en las paredes para este servicio.

Stanley inició un movimiento para hablar. Mil pensamientos bullían en su cabeza y cada uno pugnaba por dominar a los demás. Al

fin, dando un suspiro, exclamó:

— ¡Oh, sí... aire puro... como en los vergeles de California!...

Miró al personaje y dándose cuenta de la incoherencia de sus frases improvisó un breve discurso a los marcianos.

—Somos emisarios de la Tierra, el tercero de los planetas que gravitan en la órbita del Sol, y vuestro más próximo vecino. El Gobierno Universal de nuestro mundo nos envía en misión de paz y desea entablar las más cordiales relaciones con todas las naciones de Marte. El espectáculo que hemos presenciado a nuestra llegada nos permite sospechar que un día no lejano podremos ser útiles a los habitantes de otros mundos, y que la armonía reinará en todos los planetas que componen el sistema solar.

En aquel momento el día declinó rápidamente, y al instante, la estancia se vio iluminada por centenares, de diminutas lámparas disimuladas en las paredes, que automáticamente iban reemplazando la luz solar.

Dakor-Jhan dio unas palmadas.

Se presentó un criado, cuyo atavío, más lujoso que el del resto de la servidumbre, demostraba su condición de mayordomo de palacio.

El Primer Ministro dijo algunas palabras en idioma marciano, a las que el mayordomo asintió con una inclinación de cabeza. Luego, dirigiéndose al oficial que permanecía en posición de firmes, murmuró una orden. El oficial pronunció una voz de mando y la doble hilera de soldados se retiró marchando en perfecta formación y desapareció por una de las puertas laterales de la sala; probablemente al dormitorio de la compañía. En la estancia sólo quedaron los centinelas del primer turno de guardia,

—Caballeros — dijo Dakor-Jhan cuando hubieron quedado solos —. El mayordomo Twort cuidará que el baño, la cena y las habitaciones sean dignas del cargo que ostentáis y del agradecimiento que todos os debemos. Buenas noches.

Y con un elegante saludo con la mano, acompañado de una sonrisa de cortesía, el Ministro salió de la sala y desapareció por una puerta secreta.

—Por aquí, señores — indicó Twort en un correcto inglés, comenzando a caminar—, tengan la bondad de seguirme.

—¿También tú conoces nuestro idioma? — interrogó Alan sin

poderse contener—. ¡He de aclarar este enigma!

—No debo fatigarles, señores. Mi señor podría castigarme por desobediencia... Mañana, cuando estén ustedes descansados, recibirán la visita del astrónomo del Reino, el cual se pondrá a sus órdenes para informarles de cuantas cosas deseen saber.

—De acuerdo — exclamó Stanley, abrazando al fiel mayordomo —. Diré a tu amo que eres un digno servidor.

El americano se había entusiasmado. La perspectiva de hablar con un colega de otro mundo colmaba sus mayores deseos y dio por bien empleadas cuantas fatigas y sufrimientos habían pasado hasta entonces.

Llegaron a un lujoso aposento espléndidamente iluminado, cuyas paredes cubiertas con ricas pieles y extraños tapices reflejaban un refinamiento superior al de los más opulentos soberanos del Oriente de la Tierra.

En una habitación contigua se hallaba instalado el cuarto de aseo. Diferentes departamentos con bañeras y duchas y unos curiosos aparatos en que bastaba oprimir un botón para, salir perfumados con agradables esencias.

—Si en algo me necesitan — dijo Twort—, no tienen más que apretar ese botón. ¡Buenas noches!

Y desapareció detrás de la puerta.

Cuando quedaron solos, Stanley observó que al lado de cada una de las camas había una percha de la que colgaba un traje, ropa interior y un cómodo calzado.

—Mirad — señaló—. Un traje del país parecido al que llevaba el ministro.

—Estupendo — repuso Kraus —. Nos daremos un soberbio baño y después veremos qué tal nos sienta la ropa marciana.

—Y luego un descanso de príncipes — intervino Alan, mientras probaba, una de las camas —. Confieso que estoy cansadísimo.

Los tres aventureros se dirigieron a los departamentos respectivos de aseo y saborearon las delicias del agua tibia sobre sus cuerpos.

Cuando hubieron concluido la limpieza, comenzaron a probarse una especie de pijamas, que por estar separados del resto de la ropa y

por la holgura de sus mangas, tenían algún parecido con los que usaban los japoneses.

—Tengo un hambre canina — murmuró Alan—, El baño me ha despertado el apetito y ahora me encuentro que el sueño es mucho peor. Tomaré unos comprimidos.

—¿Qué es esto, Gene? ¿Me engañan mis ojos? — exclamó de pronto Kraus—. Parece el cuarto de un prestidigitador.

Todos miraron en la dirección que señalaba el europeo. En una mesa adosada a la pared se hallaba preparada una espléndida cena con los más suculentos y apetitosos platos que hubieran podido imaginar. Unas botellas de las más graciosas formas indicaban que la cena podría regarse con una buena variedad de bebida.

Aquella noche los tripulantes del "Alfa" comieron hasta la saciedad.

—Jamás había probado nada semejante — alabó Stanis

—Dudo que en el Olimpo griego tuvieran los dioses estos sabrosos caldos— asintió Kraus.

—¡Por el reino de "Aquas Bóreas" y su soberano Thuran-Din! — brindó Alan.

Terminada la refacción, los expedicionarios de la Tierra sintieron en sus miembros los efectos del cansancio de aquella azarosa jornada y murmurando una oración de gracias al Creador, se acostó cada uno en la cama que les estaba designada. Minutos más tarde, todos estaban sumidos en un sueño profundo y reparador.

CAPÍTULO V

Al día siguiente, Kraus fue el primero en despertar. La luz del sol penetraba en las habitaciones por unas claraboyas hábilmente disimuladas en el techo y las paredes.

—Gene, levántate — murmuró con voz queda sacudiendo ligeramente al americano—. Y tú, Alan, prepárate que seguramente tendremos visita.

Stanley se levanto bostezando.

—Vamos a ducharnos que hoy será un gran día para nosotros — comentó.

—Para ustedes puede que sí —replicó Alan—; pero no para mí. Esta noche he soñado en el día de mi boda, allá en Nueva Méjico. Las agresiones de los platillos volantes habían culminado en el rapto de seres humanos. En un principio fueron los científicos el blanco de sus secuestros, pero muy pronto la audacia de aquellas extrañas tripulaciones subió de punto hasta llegar a las mujeres y los niños. No he dudado ni un momento de las buenas intenciones y cualidades que se observan en nuestros anfitriones, pero he de conseguir del príncipe Thuran-Din las suficientes informaciones y facilidades para registrar los más apartados lugares de este planeta, hasta dar con el paradero de mi Ángeles. Sí, estoy convencido de ello. María de los Angeles está prisionera en una de las naciones del mundo que habitamos ahora. Cuando los aparatos que atacaron al ejército de la honda llanura, evolucionaban para liberar a su soberano de la infame ejecución, observé con los prismáticos las características del vuelo y la estructura de los mismos, y no dudo que son de idéntica construcción que los que divisé en la Tierra minutos después de que mi novia fuera secuestrada cuando se hallaba camino del altar…

—Todo esto podremos averiguarlo después —interrumpió Stanley.

—Para ustedes, después. Para mí, ahora. ¿No recuerdan aquellas inmortales palabras de Fausto? Las repetiré:

"Un destello de tus ojos,

la sonrisa de tus labios

vale más que todo aquello

que aprendí de los sabios."

Kraus, profundamente conmovido, asintió.

—Desde luego... muchacho. Estoy de acuerdo contigo. También mi hermano desapareció misteriosamente y los testigos oculares que le vieron por última vez están de acuerdo en que fue visto un platillo volante muy cerca del lugar donde fue secuestrado... porque no puede calificarse de otra forma. La Tierra está unificada bajo un solo Estado y no existen motivos para creer que pudieran repetirse los sucesos acaecidos en el siglo XX., cuando el mundo estaba dividido en dos irreconciliables bloques.

—Calma, amigos — intervino Stanley—. No tardaremos en recibir la visita del astrónomo real y el tiempo apremia. Tranquilizaros y luego discutiremos el asunto.

Y sin esperar la contestación de sus compañeros se dirigió a uno de los departamentos de higiene.

—Gene tiene razón —dijo Kraus—. Vamos, muchacho; primero lavarnos y vestirnos y luego decidiremos. Recuerda que tengo razones lo suficiente poderosas para apoyar tus decisiones.

—Conforme — aprobó el australiano ya más calmado—. Cuando haya concluido la visita del sabio marciano solicitaremos audiencia del príncipe Thuran-Din y le expondremos el caso.

Después del aseo matutino y tan pronto estuvieron vestidos con los nuevos atavíos marcianos, vieron con admiración que se había repetido la agradable sorpresa de la noche anterior. Sobre la misma mesa adosada al muro se hallaba una nueva provisión de espléndidas viandas y sabrosos vinos.

Despacharon el desayuno sin proferir el menor comentario, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

Poco después la puerta se abrió dando paso a un pintoresco personaje. Era un hombre de unos ochenta años, de cabello y barba

blancos como la nieve. Vestía holgada túnica de color azul celeste y un plateado manto cubierto de estrellas y signos astronómicos pendía de sus hombros. A pesar de que el recién llegado no llegaría a los cinco pies de estatura, su porte era majestuoso y venerable su rostro. El anciano saludó:

—Honorables huéspedes: En nombre de mi señor, el príncipe Thuran-Din, y en el mío propio, me es grato desearles una agradable estancia entre nosotros y que de ello pueda derivarse el mayor beneficio para los mundos que representamos. Soy Astor, astrónomo real del más septentrional de los reinos de Marte. El servicio que habéis prestado a nuestra nación al salvar de una muerte ignominiosa a nuestro querido soberano, os hace acreedores a nuestra gratitud. No es necesario añadir que tendré mucho placer en cumplir la orden recibida de responder a cuantas cosas tengáis a bien preguntarme, por cuanto he sido informado que me hallo entre colegas y, podremos cambiar nuestros puntos de vista en una atmósfera de leal camaradería.

El orador hizo una pausa para observar los efectos de su discurso. Luego, viendo a sus oyentes que le escuchaban mudos de asombro, prosiguió:

No os extrañe al verme informado de todo cuanto se refiere a vuestra venida al mundo en que vivimos., pero cuando os ponga al corriente de nuestras costumbres y civilización, desaparecerán los recelos escondidos en vuestros corazones.

Stanley miró a sus compañeros, en cuyos rostros leyó una muda autorización.

—Para entendernos mejor comenzaremos hablando con sinceridad — repuso el americano—. Cuando, siguiendo el noble impulso iniciado por ese joven — y señaló a Morley — defendimos a un fugitivo contra sus perseguidores, a un valiente luchando contra sus verdugos, nada sabíamos de quién pudiera tratarse, pero sí comprendimos claramente que un hombre que peleaba con tanto heroísmo no podía ser ningún criminal.

—Así es, amigos míos — asintió el marciano—. Pero vuestras modestas razones en vez de disminuir el mérito de tan oportuna intervención, lo aumentan a nuestros ojos. Vamos, señores, creo que el aspecto oficial que motiva esta visita ha concluido. Podéis abrir las compuertas de la curiosidad. Señor Stanley, soltad la pregunta que tanto pugna por salir.

—Con mucho gusto, señor Astor. En primer lugar, ¿cómo conocen ustedes nuestro idioma tan bien como nosotros? ¡Son cuarenta y ocho millones de millas la distancia que separa nuestros mundos!

—Ignoro el punto exacto en donde pudieron ustedes aterrizar —repuso el astrónomo—, aunque supongo que, en previsión de cualquier eventualidad, lo harían buscando el hemisferio sombrío. Teniendo en cuenta que nos hallamos muy cerca del polo, es natural que hayan podido vislumbrar pocas cosas del mundo que habitamos... ¡Ah, debería habérmelo imaginado! La zona en donde nacen nuestros canales, poca perspectiva ofrece al viajero... Un terreno pantanoso y el lecho seco del antiguo Océano Glacial Ártico. Pues bien, si no les hubiera detenido la feliz coincidencia de presenciar el intento de ejecución pública de nuestro soberano, hubieran visto a lo lejos unas elevadísimas torres...

—¿Es posible — interrumpió Stanley —que sean gigantescas emisoras de radio?

—Y receptoras — continuó Astor—. En nuestro planeta hace trescientos años que comenzamos a construirlas. Las emisiones de la Tierra nos llegan con toda regularidad desde el principio de su invención. Esto ha permitido a las clases ilustradas de nuestro mundo conocer los principales idiomas que se hablan en las grandes naciones de la Tierra y aprenderlos.

La curiosidad se había apoderado de los tres aventureros y les fue necesaria una gran fuerza de voluntad para reprimir sus naturales impulsos. Estuvieron a punto de preguntar todos a la vez sin orden ni concierto. Kraus levantó el brazo y miró a sus compañeros. Éstos asintieron. El europeo, perdidos ya los estribos, preguntó de súbito:

—¿Y el aire puro que se respira en esta nación? ¿Cómo puede renovarse constantemente e impedir que se escape al exterior por las aberturas? Pudimos comprobar que en la superficie de Marte el aire es irrespirable, apenas contiene oxígeno. El Ejército que vimos al fondo de la llanura iba bien equipado con el traje especial...

—Amigos, la historia es un poco larga — murmuró el astrónomo real, moviendo tristemente la cabeza—; pero intentaré explicarla en muy pocas palabras.

"Nuestro planeta es mucho más antiguo que el vuestro y la civilización floreció mucho antes que en la Tierra. Hace millares de años que la más pura atmósfera cubría el exterior de Marte, mientras las profundas hoyas que hoy se ven vacías, pobladas solamente de

musgo amarillo, estaban entonces cubiertas por las aguas que formaban la mitad de la superficie de nuestro globo.

"El culto a la guerra apareció con los primeros habitantes y puedo afirmar que nuestra historia se compone de una sucesión de luchas continuas que despoblaron casi en su totalidad a las naciones de Marte.

"Siguió luego el más brillante período que recuerda la Historia. Los supervivientes de las primeras civilizaciones, dedicaron todos sus esfuerzos a las investigaciones científicas. Parecía que al ardor guerrero de la Era anterior sucedería la época paradisíaca y que los hombres se dedicarían al complicado estudio de hallar la felicidad universal; pero aquel generoso impulso iniciado por sabios y filósofos se desvió muy pronto de su verdadero camino. Los matemáticos desplazaron de sus puestos a los filósofos y aquéllos fueron más tarde sustituidos por los físicos y químicos. La prosperidad de las naciones marcianas llegó a tan alto grado, que cuando vuestro eximio artista Leonardo de Vinci ideaba en la Tierra el primer aparato volador, nosotros ya conquistábamos los espacios interestelares...

—Perdonad, querido colega, nuestra ignorancia — interrumpió Stanley —. Pero, ¿cómo sabéis los detalles del primer bosquejo de nuestro gran Leonardo?

—Hace tres días que el profesor Orsini dio una conferencia en la Universidad de Oxford, que fue retransmitida por televisión...

—¿Televisión? — repitió Kraus —, ¿A tan enorme distancia?

—En efecto — asintió Astor —, Luego les mostraré mi observatorio y la sala de pruebas en el laboratorio, Pues, como les decía, la Era Científica apenas acabada de nacer comenzó a desviarse de su verdadero camino. Las ciencias materialistas desplazaron completamente a las filosóficas y morales. La creciente prosperidad de las naciones de Marte, en lugar de encauzar los sentimientos de los monarcas hacia el pacifismo y la hermandad entre los hombres, estimuló su soberbia. Las nuevas generaciones de gobernantes, cada vez más sedientas de poder, comenzaron a prepararse secretamente para la guerra. Cada uno de ellos pensaba poder asumir algún día la hegemonía sobre los demás. Hacía tiempo que se había descubierto la terrible potencia de la desintegración del átomo. Los primitivos aviones movidos por hélices y reactores habían sido sustituidos por los de modelo circular provistos de motores atómicos. Con el pretexto de una posible invasión terrestre, la totalidad de las industrias marcianas se dedicaron a la fabricación de aparatos aéreos y proyectiles

nucleares. Paulatinamente los gobiernos habían prohibido toda manifestación externa a los pocos filósofos y moralistas que intentaron dar la voz de alarma. Los sabios pacifistas fueron desterrados. Un aciago día estalló la guerra universal...

—¿Hace mucho tiempo que concluyó la guerra? — preguntó Stanley interrumpiendo a su colega marciano.

—Unos trescientos años.

—Nuestro siglo XX — murmuró el americano.

—No, Gene, querrás decir el diecisiete — rectificó Kraus —. Recuerda que el año marciano se compone de seiscientos ochenta y siete días. Es la rotación de Marte sobre su eje la que puede compararse con el día terrestre; ya que tiene casi la misma duración: veinticuatro horas, cuarenta y un minutos...

Astor sonrió benévolo. Evidentemente comprendía que las distracciones de los sabios son idénticas en todos los planetas en donde puedan existir seres humanos.

—Aquella guerra — continuó el venerable anciano — significó el principio del fin. Marte, dividido en dos bloques de naciones, sufrió una larga lucha. Los ejércitos de tierra, mar y aire combatieron ferozmente. Las ciudades desaparecían arrasadas por el poder infernal de las bombas nucleares. La bomba de cobalto se empleó en gran escala, produciendo una serie de explosiones en cadena que hasta los gobiernos temblaron en el interior de sus refugios subterráneos. Los sabios al servicio de las naciones en lucha, fueron los primeros que dieron la voz de alarma.

"Muy pronto la atmósfera se resintió de aquella terrible prueba. Las explosiones en cadena consumían el oxígeno del aire en tan gigantesca proporción que los habitantes de las ciudades y los ejércitos de tierra experimentaron inmediatamente sus efectos. Cada día que transcurría la presión atmosférica era menor; la proporción del oxígeno disminuía gradualmente. Los combatientes experimentaban cada vez una mayor fatiga y los aviones de combate, que no estaban preparados con reservas de aire acondicionado, cesaron de volar...

—¿Cómo terminó aquella guerra? — inquirió Kraus profundamente intrigado.

—Sin vencidos ni vencedores. La guerra se había destruido a sí misma. Ambos bloques contendientes decretaron un "alto el fuego" y

seguidamente todos los sabios de Marte fueron movilizados para averiguar la anomalía observada en la atmósfera. La evaporación de los mares se hacía patente. En las capas superiores de la masa gaseosa que envuelve a nuestro globo se observaban continuas explosiones y no se pudo hallar la fórmula para detener aquella ola de destrucción.

"Los laboratorios trabajaban día y noche para detener aquel cataclismo desencadenado por los hombres que, en su locura, no podían sospechar las funestas consecuencias que recaerían sobre la vida de todo el planeta. Alguien pensó en Sirius. Éste era el coloso de las ciencias exactas. Filósofo y moralista,, anteponía los valores morales a la sabiduría material, y al negarse a colaborar rotundamente con todos los gobiernos beligerantes, fue desterrado a un lugar del Norte, con todos sus ayudantes y cuantos, compartiendo su teoría, quisieron seguirle. Sirius, con profética visión, adivinó lo que sucedería, y con tiempo suficiente, se había preparado un refugio subterráneo de enorme extensión. Para ello solamente tuvo que aprovechar las gigantescas extensiones subterráneas que la Era Volcánica había ocasionado bajo la corteza de Marte.

"El ilustre sabio, verdadera gloria de Marte, consiguió apagar por fin la cadena de explosiones nucleares que, desde las partes superiores de la atmósfera, amenazaban la vida de nuestro mundo. Pero el daño estaba hecho. La capa atmosférica, reclamando su proporción de oxígeno, lo absorbía del mar. El hidrógeno se volatilizaba y en consecuencia los grandes océanos disminuían de nivel de una manera alarmante,

"Entonces, Sirius lanzó la consigna: Aprovechar la parte subterránea de Marte. El proceso de evaporación de los mares puede durar unos doscientos años. Durante este tiempo pueden instalarse las naciones al mundo inferior, obstruyendo las aberturas con "Carborundum" o cristal de roca y preparar puertas herméticas para salir al exterior.

El resultado no se hizo esperar. Muy pronto las grandes ciudades del exterior fueron abandonadas y sus habitantes ocuparon las contraídas de nueva planta en el interior de los espacios subterráneos. Los botánicos, que durante las edades anteriores habían sido poco menos que olvidados, pasaron al primer plano. Los árboles frutales fueron transplantados al interior de las cavidades y unas gigantescas excavadoras arrancaban millones de toneladas de tierra laborable para organizar los cultivos subterráneos. Por medio de hábiles injertos, toda la vegetación del planeta se convirtió en plantas productivas de alimentos útiles al hombre.

"Sirius, mientras tanto, ayudado por un ejército de sabios, había inventado unas nuevas máquinas productoras de oxígeno, las cuales, movidas con energía nuclear, son las que actualmente extraen el codiciado elemento de las aguas y los hielos acumulados en los polos. Con profética visión, aquel ilustre sabio supo prever que el enfriamiento del planeta preservaría a las zonas polares de la funesta evaporación.

— ¡Dios mio, qué fantástico es todo esto! —exclamó Stanley—. Cuando explique estas cosas a mis colegas de la Tierra, me tomarán por loco. ¡Ellos que creían conocer la vida de Marte!...

—Aquí estoy yo, Gene — dijo Kraus, cogiendo del brazo al americano—. No creo que puedan dudar de mí...

—Ni de mí — terció Alan.

El joven australiano había permanecido callado mientras Astor desarrollaba su disertación. Ahora su rostro se había animado y, de pronto, preguntó:

—¿Por qué intentaron ejecutar a vuestro soberano? ¿A quién representa aquella gigantesca estatua ante cuyo altar querían inmolar al príncipe Thuran-Din? El despliegue de fuerzas en la honda llanura nos dejó sorprendidos; luego aparecieron aquellos veloces y extraños aparatos que atacaron a los regimientos formados...

Astor ahogó un suspiro de desaliento. Su rostro apacible se contrajo un momento por efectos de la cólera; luego, dominándose, repuso:

—¿Qué es la Ciencia sin Ética? ¿Para qué sirven los adelantos si no conducen al Bien? Amigos, en vuestro planeta los guerreros frenaron a tiempo el carro de la guerra y consiguieron evitar un cataclismo parecido al que sufrió nuestro mundo. Vuestro Estado Universal os conducirá a un progreso sin trastornos, y la Tierra, joven y llena de vida, verá transcurrir los milenios sin conmociones apreciables, mientras sus hijos no conocerán otra lucha que la conquista de la Felicidad... ¡Ah... perdona, hijo mío! Te debo una respuesta... Sí, el rey Akón ha desenterrado el culto a la Guerra. Sueña en someter por las armas al resto de las naciones marcianas. Está enamorado de Tina, princesa de Urania, nación muy importante del Planeta.

"Tina es la mujer más hermosa de Marte y está prometida en matrimonio a nuestro soberano. Akón envió una embajada a la corte de Urania, el más oriental de los reinos del planeta, conminando a la

princesa que rompiera el compromiso con su prometido. Ante la digna negativa de la joven soberana, amenazó con la guerra total, aunque ello implicara el fin de nuestro mundo. Entonces la mente infernal de Akón discurrió un medio más sutil para intimidar a la princesa. Invitó a nuestro príncipe a una cacería en los bosques reales de Horux. Aquello fue una emboscada, que llenó de vergüenza a una gran parte de sus propios súbditos y de indignación al resto de las naciones marcianas. En otros tiempos hubiera significado una guerra. Todas las naciones se hubieran coaligado contra el traidor. Pero ahora, una conflagración puede significar el fin de nuestro mundo y sería temerario arrostrarla.

»Akón aprovechó esta circunstancia, ya que, desde hacía muchos años estaba preparado para la lucha. Envió emisarios a Tina anunciándole que si no accedía a ser su esposa, el príncipe Thuran-Din sería sacrificado públicamente al pie de Marte, dios de la guerra y símbolo de nuestros antepasados."La ficta aérea de Urania y vuestra oportuna intervención frustraron los propósitos del tirano.

—Puesto que ya nos conocemos mejor y que tengo la seguridad de hallarme entre amigos, quizás sería mejor que os hablara confidencialmente...

Alan titubeó en proseguir y miró a Stanley y a Kraus. Una viva sorpresa se reflejaba en el rostro de ambos sabios.

—Habla, hijo mío — repuso Astor—.Presiento vagamente la naturaleza de vuestra venida a nuestro mundo, pero debo advertirte que no dispongo de autoridad para complaceros...

—Entonces, ¿cuándo cesarán las incursiones de vuestros aparatos sobre nuestro planeta, seguidas invariablemente de una secuela de agresiones, raptos y otros atropellos? La única mujer que he amado en mi vida desapareció una hora antes de celebrarse nuestro matrimonio... Sí... no me reproche, señor Kraus, que si en este mundo conocen el amor, comprenderán mi actitud. Además usted también ha sido víctima de tales incursiones… Su hermano...

—Perdonad, querido colega — interrumpió Kraus dirigiéndose a Astor—. Creo que nuestro joven compañero no se ha expresado con los debidos términos...

El australiano, cada vez más excitado, interrumpió a su vez al europeo:

—Si, como decís, sois nuestros amigos, nos ayudaréis a realizar nuestra misión...

Las palabras enmudecieron en la boca de Alan. La puerta se abrió. El príncipe Tiraran-Din acababa de aparecer, rodeado de varios dignatarios

—Has cometido una imprudencia — censuró Stanley mirando con disgusto al impulsivo joven—. Ahora has estropeado toda nuestra diplomacia…

En tanto, el príncipe Thuran-Din, despidiendo con un gesto a todo cu séquito, miraba a sus huéspedes con gesto grave y rostro ceñudo.

CAPÍTULO VI

Siguió un embarazoso silencio que los exploradores terrestres no se atrevían a romper. Thuran- Din habló:

—Conocemos el estado de inquietud que reina en la tierra y los preparativos bélicos que de ello se han derivado. Pero debo advertir que les atropellos de que ha sido víctima vuestro planeta, son obra exclusiva de Akón. Aunque en el último Congreso Universal se acordó abstenernos de toda clase de provocaciones, tengo informes fidedignos que acusan gravemente al rey de Horux. No contento el tirano de haber provocado a vuestro poderoso mundo, ha pisoteado mi dignidad atentando contra mi vida. Quiso humillarme públicamente para acrecentar su prestigio, pero de nada le servirá. He de batirle en todos los terrenos, empleando sus mismas armas. A pesar de que Horux vive en pie de guerra, el resto de las naciones de Marte han comprendido la necesidad de vencer al enemigo común.

Thuran-Din hizo una pausa y miró fijamente a Morley. Luego, continuó:

—Horux es un imperio situado en el centro del ecuador. Una nación extensa y rica, cuyos habitantes viven recelosos de la política iniciada por Akón. El malestar se ha extendido a los medios guerreros y muchos de los altos jefes esperan, una oportunidad para levantarse en armas y acabar con el despotismo del tirano. La delación está a la orden del día. La más leve denuncia significa una sentencia de muerte para cualquier súbdito de ese desgraciado imperio. Muchas víctimas han caído inmoladas ante el altar del dios de la Guerra, desde el más humilde artesano al más encumbrado general.

La emoción de Alan estalló súbitamente.

—Comprendo, oh príncipe, vuestra situación. Pero antes de luchar abiertamente con semejante monstruo de crueldad, conviene preparar el terreno para evitar la mayor cantidad posible de víctimas.

—Nuestra situación es parecida — repuso el príncipe—. En el palacio de Akón, cada siete días se celebra una subasta de esclavos. El producto de la venta va destinado a engrosar las arcas del Tesoro. Nos disfrazaremos de mercaderes y podremos recorrer el reino gobernado por Akón. Tal vez allí podremos hallar a la mujer que buscas...

—Pero, señor. ¿Y mis compañeros de viaje? — interrumpió Alan

visiblemente preocupado.

—Vivirán en mis dominios. Astor velará por su seguridad y podrán recorrer el país en todas direcciones, estudiar nuestras costumbres, visitar los centros científicos y discutir con los sabios los problemas de un mundo que se extingue lentamente.

Stanley miró a Kraus. Éste, comprendiendo el pensamiento del americano, exclamó de pronto:

—Vuestra bondad, oh príncipe, nos confunde. Pero también nosotros deseamos seros útiles. Mandad y os obedeceremos.

—Agradezco vuestro noble impulso — sonrió Thuran-Din, pero la misión que nos espora es peligrosa y no debo exponer unas vidas que pertenecen a la Ciencia. Alan y yo pasaremos desapercibidos, y dos voluntades unidas por un servicio común pueden obrar maravillas. Astor os atenderá y vuestros menores deseos serán órdenes para el astrónomo de mi reino.

Luego, dirigiéndose a Alan, concluyó:

—El plan está suficientemente madurado. Sólo falta ultimar algunos detalles y después de comer comenzaremos a trabajar. Mañana, a primera hora, emprenderemos la marcha. La rapidez y la sorpresa lucharán a nuestro favor. Vamos, amigo mío, sólo tenemos dos alternativas: triunfar o morir.

—¡Por vuestro reino y por mi amor! —gritó Alan entusiasmado.

— ¡Por vuestro amor… el mío y por mi reino! — repuso Thuran-Din tendiendo la enjoyada mano al joven Morley,

Thuran-Din tocó un timbre disimulado en la pared. La puerta se abrió y ambos jóvenes salieron de la estancia.

—Lamento no poder ayudarles—.suspiró Stanley cuando la puerta se hubo cerrado nuevamente.

—Alan luchará como un jabato — murmuró Kraus—. Es un muchacho emotivo y el ideal que ahora le impulsa a emprender una aventura desconocida le dará fuerzas para arrostrar los mayores peligros…

—Y mi señor velará por Alan como si fuera su propio hermano — concluyó Astor—. Thuran-Din tiene memoria y no olvidará que debe la vida a vuestro joven compañero.

* * *

Aquella tarde, después de comer, Thuran-Din llevó a Morley a un gabinete especial en donde un criado les estaba esperando.

—Vamos a transformarnos—explicó el príncipe—. Con el atavío actual nos conocerían en seguida y el viaje sería peligroso. ¡Jack-O, prepara los cosméticos — añadió dirigiéndose al criado —. Mi compañero será un gigantesco esclavo y yo debo convertirme en un rico mercader.

La estancia tenía el aspecto de un guardarropía, de cualquier teatro de ópera. A lo largo de las paredes se alineaban la más rara variedad de trajes colgados de unas perchas, mientras que en una hilera superior, varias panoplias cubiertas de extrañas armas pendían de los muros.

El criado, que al entrar los dos jóvenes se había puesto en movimiento, volvió a los pocos minutos con dos trajes.

—Puedes cambiarte de ropa—indicó el príncipe—. Y además de las pistolas que salvaron mi vida, puedes ceñirte esta espada. Todas las armas han de quedar disimuladas bajo los pliegues del vestido que llevas.

Alan examinó la espada que le entregó Thuran- Din. Era del más puro acero, pero debido a la poca gravedad de Marte, a Morley se le antojó que sería de aluminio.

—No uses tus armas terrestres sino en caso de apuro — recomendó el príncipe—. Esta espada está impregnada de un narcótico especial, que al más pequeño contacto con un ser de carne y hueso produce un sueño que dura veinte horas. Solamente yo conozco el antídoto.

Se vistieron rápidamente. Las holgadas ropas de esclavo se le antojaron a Morley algo cortas, pero en conjunto le sentaban bien.

Luego se entregaron a los expertos servicios del criado y una hora más tarde salían del gabinete completamente transformados.

Thuran-Din con el cabello canoso y unos hábiles retoques en la cara presentaba el aspecto de un opulento comerciante .Alan con sus sandalias planas y sencillas ropas, se esforzaba en disimular su elevada estatura,

Llegaron a un lugar con aspecto de estación de cualquier

ferrocarril subterráneo. Varios soldados al mando de un oficial custodiaban la entrada.

Thuran-Din enseñó un valioso anillo que llevaba en un dedo de la mano izquierda. El oficial saludó, dejándoles paso libre.

En el centro de la pequeña estación les esperaba una especie de vehículo parecido a una gigantesca bala de cañón, cuyos raíles, situados en la parte alta, daban la impresión de un enorme telesquí. Escasamente quince pulgadas separaban una vía de la otra, las cuales estaban sujetas a unos resistentes soportes empotrados en la parte central de la curva del túnel. Morley recordaba haber visto algo parecido en las cataratas del Niágara, pero sus expertos ojos de ingeniero le demostraron que sus colegas de Marte llevaban varios siglos de ventaja a los de la Tierra.

—Mi bólido particular — explicó Thuran-Din—, comunica con todos los rincones de mi reino y puedo viajar a toda velocidad sin entorpecer el servicio público. Pasa; durante el camino te explicaré los detalles que te interesen.

Entraron. El interior del bólido reunía las condiciones de un expreso de las más modernas líneas europeas, reunidas en una sola pieza. Dos cómodos lechos, sillones armarios y una espléndida luz artificial semejante a la del día.

Thuran-Din invitó a su compañero a sentarse y haciendo lo propio, apretó unos resortes situados en el cuadro de mando que tenía al alcance de la mano.

El vehículo se puso en marcha. Primero atravesaron oscuros túneles tallados en la roca viva, pero veinte minutos más tarde llegaban a un lugar abierto en donde la luz del sol penetraba por todas partes.

Durante este tiempo la curiosidad de Alan fue satisfecha hasta en sus menores detalles por las prolijas explicaciones del príncipe.

— ¡Dios mío! — exclamó Alan maravillado—. ¿Me engañan mis propios ojos?

A sus pies y en una extensión que apenas abarcaba la vista, se extendía un dilatado panorama de ensueño. En aquel momento atravesaban una gran ciudad con sus edificios de arquitectura ultramoderna, rodeada de hermosos bosques cuyas hojas y frutos de los más variados colores no tenían parangón con ninguno de los que existían en la tierra. Instintivamente Alan miró al techo. A través de

las paredes transparentes del vehículo pudo observar una inmensa bóveda de granito sostenida de vez en cuando por gigantescas columnas de roca. A través de extensas claraboyas, la luz del astro rey alumbraba aquel mundo subterráneo, producto de una maravillosa combinación de los trabajos de la naturaleza y del hombre.

—Es Thurania, la capital de mi reino — aclaró el príncipe.

A lo lejos se divisaban grandes fajas cuadrangulares cubiertas de árboles y cultivos diversos, formando dibujos geométricos de la más perfecta simetría. En cada parcela de terreno aprovechado hasta la última pulgada, se adivinaba la mano de laboriosos jardineros, dirigidos por expertos botánicos.

A Morley se le antojó que aún estaba viendo las animadas calles de la ciudad y a las mujeres conversando en las azoteas de los elevados edificios, a pesar de que el bólido penetraba ahora en un nuevo túnel perforado en la roca.

Cinco minutos más tarde llegaron a un extenso cobertizo subterráneo. Un oficial seguido de varios soldados les salió al encuentro. Thuran-Din mostró nuevamente el anillo y el oficial, después de saludar militarmente, les franqueó el paso.

Cuando Alan divisó la extensa nave subterránea, sus expertos ojos de ingeniero brillaron de admiración. Cinco largas hileras de aparatos en forma de esferas partidas por el ecuador, se alineaban en ima extensión de centenares de yardas. Cada artefacto estaba provisto de una pequeña torreta en la parte superior, semejante a un faro giratorio de forma octogonal cuyas caras brillantes reflejaban la luz como si fueran de cristal.

—La base aérea del Sur — aclaró el príncipe adivinando la pregunta que Alan tenía en la mente.

Cada aparato descansaba en una especie de vagoneta cuya anchura abarcaba la totalidad del artefacto que sostenía. En el ángulo izquierdo de la nave, un enorme ascensor automático con puertas invisibles acababa de aparecer.

Se dirigieron al ascensor. Mientras recorrían aquel gigantesco aeródromo subterráneo, Alan observó una inusitada actividad. Centenares de mecánicos trabajaban activamente en la reparación de aparatos. A cada lado de la extensa nave se hallaban situados los talleres de reparación cuyas modernísimas máquinas hubiera examinado gustosamente.

—El tiempo apremia —dijo Thuran-Din—. Viajaremos de noche en uno de mis aparatos de guerra. He mandado un mensaje a la princesa Tina, anunciándole nuestra llegada al amanecer. De día sería peligrosa cualquier travesía. Los aparatos de Akón surcan el espacio en todas direcciones y podrían interceptarnos el paso. Defendernos, significaría la guerra y si nos apresaban, una muerte horrorosa...

—Pero vuestro reino, oh príncipe, está perfectamente defendido. He podido comprobar que una guerra no os cogería desprevenido — comentó Alan.

—Así es, amigo mío — repuso Thuran-Din —. Pero una guerra larga podría significar el fin de la vida en nuestro mundo y eso es lo que tratamos de evitar. Akón se aprovecha de nuestros temores y continúa provocando a las demás naciones...

—No entiendo la política de vuestro planeta — interrumpió Alan —. Pero- en Ja Tierra, a través de toda nuestra historia, siempre ha sucedido que solamente la fuerza armada contiene a la amenaza de la fuerza.

Habían llegado al primer aparato situado frente' al ascensor. Thuran-Din apretó un resorte invisible para su compañero y en la lisa superficie metálica se abrió una puerta por la que entraron al interior. Accionada por un extraño mecanismo, la puerta se cerró a sus espaldas. El interior del aparato era espléndido. Todas las comodidades apetecibles estaban reunidas en la más perfecta armonía. El príncipe se dirigió a la cabina de mando seguido de Alan, que estaba maravillado.

—Nuestra flota aérea está en condiciones de hacer frente a la de Akón — explicó Thuran-Din—. Pero -conviene luchar en el momento oportuno. El rey de Horux conoce nuestras intenciones y desea provocar ahora la guerra para combatirnos por separado. Teme la coalición y desea destruirnos antes que las demás naciones se hayan puesto de acuerdo. Pero no caeremos en la trampa.

El príncipe maniobró en los aparatos de mando, inmediatamente la ancha vagoneta que sostenía al aparato se puso en movimiento y penetró en el interior del ascensor cuya puerta se cerró automáticamente. Unos minutos más tarde el aparato de Thuran-Din, con las luces apagadas, se elevaba al espacio surcando el tenue aire que envuelve la superficie de Marte.

El brillo de las estrellas, mucho más perceptible que vistas desde la Tierra, y a la luz reflejada por las dos lunas de Marte, daban a la

noche el aspecto azulado que en algunas partes del valle del Nilo, en Egipto, le llaman día azul

La velocidad del avión pilotado por el príncipe era muy difícil de determinar. Al ingeniero se le antojó que estaba fijo en algún lugar del espacio; tan grande era la sensación de estabilidad que se notaba en su interior.

El aspecto de Marte, visto desde el aire, era el de un paisaje lunar. Sin montañas elevadas ni mares profundos, solamente se divisaban altísimas torres que semejantes a gigantescos monolitos aparecían rompiendo la monotonía del planeta, únicamente el brillo plateado de los famosos canales atestiguaban la existencia de una vida precaria en aquel moribundo planeta.

De pronto, unos puntos movibles aparecieron en el espacio. Al parecer, varias de las brillantes estrellas que alumbraban durante la noche se desprendían del firmamento y emprendían la persecución del aparato pilotado por Thuran-Din.

Alan, que a través de las mirillas del avión, observaba las características de aquel singular planeta, fue el primero que se dio cuenta del fenómeno.

—Unos extraños cometas se acercan cada vez más a nosotros —explicó—. Es un fenómeno poco frecuente en nuestro mundo.

Thuran-Din miró a través de una especie de periscopio que comunicaba con la parte superior del vehículo.

—Las patrullas nocturnas de Akón nos persiguen — murmuró entre dientes —. La intensa luz de las lunas nos ha traicionado. No queda otro recurso que luchar abiertamente...

En aquel momento una raya luminosa más brillante que la luz solar, surcó el espacio a pocas yardas del aparato.

—Nos están provocando a que disparemos nuestros rayos —continuó el príncipe. Aunque ellos viajan con las luces encendidas y nos sería facilísimo derribar a varios, a su vez nos localizarían y podríamos ser alcanzados por sus proyectiles. —

Thuran-Din consultó rápidamente una pantalla transparente, en cuyo interior se veía un mapa extraño. Un punto encarnado recorría lentamente la superficie del mapa.

—Este es nuestro aparato — dijo señalando el punto encarnado —. Faltan pocas millas para llegar a Urania. Debo consultar con mi

prometida.

Apretó otro resorte y una pantalla de televisión apareció a la vista de Alan. En ella se reflejaba una mujer de exótica hermosura, que preguntó:

—¿Quién es ese gigante que viene contigo?

Y señaló al ingeniero.

—Es como un hermano para mí, querida Tina —repuso Thuran-Din—, Podemos hablar tranquilamente...

—No es necesario que expliques que un peligro os amenaza —continuó la hermosa figura — porque mi prometido es tan prudente que no me llama si no se encuentra acorralado...

Un nuevo fogonazo iluminó el interior del aparato. Esta vez el proyectil pasó rozando el avión, produciendo un ruido ensordecedor.

—Sigue a toda velocidad a través de mis dominios —indicó la figura de la pantalla—. Varias de mis unidades aéreas están preparadas para intervenir. No te desvíes de la línea recta y no repliques al fuego enemigo. Dirígete al sector T.

La figura desapareció y el aparato se dirigió al lugar indicado con toda la velocidad que podían desarrollar dos poderosos motores movidos por energía atómica

Alan, que había seguido el corto diálogo entablado entre Thuran-Din y la hechicera figura aparecida en el aparato de televisión, sin comprender una sola palabra, exclamó admirado:

—¡Hermosa criatura! Os felicito, amigo mio. La suerte os permite verla y hablarle desde cualquier lugar en que os encontréis, sin más preocupación que apretar un resorte... Ah... —suspiró-—. ¿Quién sabe la suerte que espera a mi novia adorada?

De súbito, una terrible sacudida conmovió el aparato como si fuera una hoja removida por un huracán.

—¡Tocados!—gritó el príncipe—.Sólo la Providencia puede salvarnos.

Thuran-Din manipuló en los mandos, al parecer inútilmente. Luego, después de varias pruebas infructuosas, exclamó:

—El aparato sólo puede tomar la dirección del sector T, pero aún

así, nos exponemos a perecer estrellados contra las rocas.

A lo lejos se percibía claramente el ruido de violentas explosiones.

Una nueva batalla había empezado. Bajo la luz plateada de las dos lunas de Marte, varias docenas de veloces aparatos entablaban un duelo mortal.

Como un pájaro herido de muerte, el aparato de Thuran-Din descendía rápidamente, dando peligrosos cabeceos en el espacio.

En uno de los vaivenes del avión, Alan tropezó contra una de las paredes de la cabina de mando, y perdió el conocimiento.

CAPÍTULO VII

Cuando Morley volvió en sí, se encontró tendido en una blanda cama cubierta de ricas sedas y rodeado de rostros que sonreían amistosamente. Hizo un esfuerzo para incorporarse, pero un agudo dolor en las sienes le hizo desistir de su propósito.

—No ha sido nada, amigo mío—dijo una voz conocida—. Otro día de descanso y muy pronto podrás levantarte.

Alan reconoció la voz de Thuran-Din. Las figuras aún las veía borrosas. La voz de su amigo continuó:

—Estás en el palacio de mi prometida la princesa Tina. La suerte nos fue propicia. No ha sido más que el golpe… pero ahora, procura dormir.

Unas suaves manos levantaron la cabeza al herido, mientras que alguien ponía una copa en sus labios Alan bebió un buen trago. La bebida era de sabor agradable; por un instante se aclararon sus ojos. Frente a él vio la figura majestuosa de exótica belleza que había visto en la pantalla de televisión; pero sólo por breves instantes. Una densa neblina se apoderaba lentamente de todos sus sentidos y poco después dormía como un bendito.

Al día siguiente, cuando Alan se levantó de la cama sintió una sensación de bienestar. Instintivamente buscó un espejo y al mirarse observó que tenía la cabeza vendada.

—Puedes quitarte el vendaje — dijo alguien a sus espaldas.

El ingeniero volvió la cabeza. Frente a él se hallaban varios personajes ricamente ataviados, los cuales pertenecían sin duda a una raza diferente a la de los habitantes del reino de Aquas Bóreas.

Tenían aproximadamente la misma estatura (los más altos llegarían escasamente a los cinco pies) pero el color de la piel y de los ojos les diferenciaba notablemente. Las facciones eran correctas de un suave color amarillo., ojos oscuros y cabello negro como el azabache.

En el centro del grupo se hallaba la joven princesa de Urania, prometida de Thuran-Din, la cual se destacó acompañada de su novio. Éste, al lado de la princesa, parecía un mulato. Tina, esbozando en sus labios una bondadosa sonrisa, habló:

—Valeroso forastero: En nombre de Urania y en el mío propio, recibe en primer lugar la más cordial bienvenida. Estoy al corriente de los elevados ideales que te impulsaron a unirte con tus compañeros de viaje. Sí... no fueron los honores diplomáticos ni los triunfos científicos los que te incitaron a salir de la órbita de vuestro joven y floreciente planeta; sino un sentimiento mucho más noble y elevado que todas las grandezas y vanidades humanas; un ideal que mientras exista la vida sobre los innumerables mundos que pueblan el espacio infinito, será el único objetivo que abarca la verdadera felicidad de los hombres: el Amor.

"No ofenderé tu delicadeza recordándote que tu primer acto, apenas llegado a nuestro planeta, te hizo acreedor a mi gratitud eterna. Salvaste la vida de mi prometido, sin conocer siquiera la situación en que se hallaba, ni las costumbres de nuestro mundo. Tu generoso ofrecimiento de exponer tu vida luchando por la paz, combatiendo a nuestro enemigo común, te hace acreedor al título de Caballero de Urania.

Alan escuchaba atentamente sin entender una sola palabra. La princesa hizo una pausa que Thuran-Din aprovechó para traducir el discurso. Tina se adelantó y sacando un valioso amilo que llevaba en el índice de su diestra, probó de ponerlo en uno de los dedos de Alan, los cuales se resistían a admitir la sortija, hasta que por fin pudo colocarlo en el meñique de la mano izquierda.

Luego la princesa puso la mano sobre el hombro derecho de Morley, pronunciando las palabras de ritual:

—¡Por Urania, Caballero!

Thuran-Din, colocándose al lado de su prometida, apoyó su diestra en el hombro izquierdo de Alan, diciendo:

—¡Por mi Reino, hermano!

Alan, vivamente emocionado, se arrodilló ante aquellos encantadores personajes y besando sus manos murmuró:

—¡Por vuestra felicidad!

—¡Y por la tuya! — respondió la feliz pareja.

* * *

El reino de Urania presentaba idénticas características que el resto de las naciones de Marte. Inmensas cavidades subterráneas

cubiertas por elevadas bóvedas de granito. La luz del día penetraba a través de las claraboyas de cristal de roca. La terrible convulsión sufrida por el planeta durante la Era Volcánica, había minado completamente la totalidad de la corteza marciana, Gracias a esto, las comunicaciones entre los diferentes Estados podían efectuarse sin necesidad de salir a la superficie.

En un lugar de los confines de Urania, cerca del paso fronterizo que conduce al reino de Horux, avanzaban dos hombres cuyo aspecto difería considerablemente el uno del otro.

El de mayor estatura era de raza blanca y vestía con sencillez la indumentaria destinada a los criados. El otro, de rasa amarilla y cuyas vestiduras denotaban al rico comerciante, se detuvo un momento ante una posada y miró con atención los jardines poblados de árboles frutales.

—Descansaremos un poco — dijo el más pequeño—. Tomaremos algún alimento antes de abandonar este país—. Los negocios que nos esperan al otro lado de la frontera son de tal envergadura que pocas probabilidades tendremos para el reposo. ¿Estás preparado?

—Completamente — repuso el gigantesco criado. — Fero, ¿no llamaré la atención a causa de mi estatura? En un país enemigo todas las precauciones son pocas.

—De ninguna manera. Los hombres de tu talla son relativamente numerosos en el imperio de Akón. Cuando este rey autorizó legalmente las actividades de los Piratas del Espacio, promulgó un decreto restaurando la esclavitud. De esta manera el tirano consigue incrementar sus riquezas con la venta de esclavos y el tributo especial que deben pagar los poseedores de los mismos.

— ¡Malditos!—rugió Alan apretando los dientes.

Thuran-Din, cuyos ojos armonizaban bastante mal con el color amarillento de su piel, levantó en silencio su copa. Con el reflejo del cristal comprobó el trabajo de los cosméticos. Esbozó un gesto de satisfacción. El bronceado de la cara permanecía disimulado con el retoque de color limón. Luego planeó:

—Vamos a pasar la frontera. Centenares de mis hombres, y súbditos de Tina, trabajan por la paz exponiendo diariamente su vida. No debes actuar por impulso propio. Cualquier imprudencia podría dar funestos resultados. Ahora que ya conoces una gran parte de nuestro idioma universal, debes extremar las precauciones.

Una hora más tarde, después del riguroso visado de pasaportes, entraban en el reino de Horux.

Alan quedó sorprendido ante el gran número de soldados que recorrían aquella zona fronteriza. Todos llevaban uniformes parecidos a los del ejército que custodiaba a su compañero, allá en la honda llanura, frente a la estatua del dios de la Guerra,

Llegaron a un lugar que por su aspecto parecía ser el término de una magnífica autopista. Centenares de vehículos de formas aerodinámicas, parecidos a los automóviles de la Tierra, recorrían la brillante superficie de asfalto.

Poco después uno de aquellos vehículos se detuvo frente a los dos amigos y del cual descendieron varios hombres.

Thuran-Din hizo una seña al conductor y cogiendo a Morley del brazo, se acomodaron al interior.

—Horux Capital, hotel de los Esclavos — dijo Thuran-Din al conductor.

Alan adivinó que se trataba de un taxi. El coche llevaba cristales defendidos por cortinas de seda, pero sin techo. Al recordar esta extraña modalidad, comprendió que tratándose de un mundo completamente subterráneo, no estaba expuesto al fenómeno de lluvias y por tanto la capota era completamente innecesaria.

El coche se puso en marcha. Durante las dos horas que duró el viaje, Morley tuvo ocasión de admirar los tupidos bosques frutales y extensos campos de cultivo. Las aldeas y ciudades desfilaban con rapidez ante los ojos del supuesto esclavo.

Al principio no había prestado atención en el color de los habitantes de Horux. Los guardias fronterizos, los soldados y todos los habitantes de la gran nación ecuatorial tenían la piel negra como el más puro hotentote africano. Pero la fina silueta y las correctas facciones de aquella raza marciana, contrastaba con las corpulentas y achatadas de los negros terrestres. Tanto los hombres como las mujeres de Horux vestían con la más refinada elegancia y se adornaban con las más valiosas joyas. Al reparar en la estatura de aquellos hermosos negros, que no difería gran cosa de las otras dos razas que había visto, Alan llegó a la conclusión de que las proporciones de los habitantes de Marte estaban en consonancia con el volumen y gravedad del planeta.

Dos horas más tarde llegaban a las puertas de una gran ciudad,

defendida por elevadas murallas y vigilada por centenares de guerreros. Era la capital del imperio de Akón. Innumerables vehículos circulaban por la puerta principal situada en el centro de la gran autopista. Por unas puertas laterales de menor tamaño entraban y salían los peatones.

El coche entró por la puerta principal y minutos más tarde llegaban frente a un lujoso edificio de extraña arquitectura. Un esclavo vestido con amplios ropajes les salió al encuentro.

—Habitación para dueño y criado — ordenó Thuran-Din—. No olvides de traernos pronto la cena. Mañana es día de mercado y tenemos mucho que hacer.

Alan ahogó un grito de sorpresa. El esclavo que les había recibido tenía aproximadamente su misma estatura. Era un hombre de unos cincuenta años, de piel blanca y aspecto de europeo.

Thuran-Din cogió a su amigo del brazo, ordenando:

—Vamos, no te quedes ahí plantado. Mañana recorreremos la ciudad y tendrás ocasión de observarlo todo.

Y en voz baja añadió:

—No exteriorices tus sentimientos. Procura no sorprenderte ante nada ni hablar con nadie. Las paredes y los techos tienen ojos y oídos.

El esclavo les condujo hasta el lugar ocupado por el conserje y después de haber registrado el nombre de Mhatos-Sang, mercader de Urania, con su criado, subieron a un ascensor hasta el piso octavo. Allí el esclavo abrió una de las habitaciones y dio las- llaves a los huéspedes.

—No hables — dijo Thuran-Din apenas hubieron cerrado la puerta tras ellos—. Recuerda: las paredes oyen. Continúa representando tu papel de criado lo mejor que puedas.

Alan comprendió en seguida Recordaba el sutil espionaje organizado dentro del imperio ecuatorial. El joven ingeniero comenzó a registrar los adornos de las paredes, buscando detrás de los tapices y levantando las alfombras del suelo. Un silbido significativo brotó de sus labios. Frente a la mesita que ocupaba el centro de la estancia y adosada a la pared había una pantalla de televisión. Detrás del tapiz representando una antigua escena de caza, descubrió un micrófono que registraba los más pequeños sonidos.

—Necesitaré bastantes esclavos — dijo Thuran- Din en voz alta

dirigiéndose a su presunto criado —. Mis negocios se han extendido tanto que me veo obligado a la ampliación de personal. ¡Ah… no olvides que mi esposa desea una virgen blanca, de las de tu raza, para el servicio particular; sé que son muy hábiles en labores domésticas y conocen muchos secretos de tocador.

El corazón de Morley dio un salto. La sutileza de su amigo le había, emocionado. Precipitadamente improvisó una respuesta:

—Podéis solicitar una esclava procederán de la Tierra, señor. Tengo entendido que allá en el territorio de Nuevo Méjico…

—Procura no demostrar opinión cuando nos hallemos en la subasta… Podrían elevar el precio…

El timbre de la puerta interrumpió la conversación. Alan dio vuelta a la llave y apareció un criado con una bandeja que depositó encima de la mesa,

—La cena, señor.

E hizo ademán de salir,

—Espera — dijo Thuran-Din—. Necesitamos algunos esclavos de tú raza. ¿Dónde podría adquirirlos?

—No hay subasta hasta pasado mañana, en la Puerta de los Mercaderes.

—¿Y mañana?

—Se celebran los Grandes Juegos dedicados a los Cazadores del Espacio.

—¿Quién los patrocina?

—El rey Akón.

—¿Conoces el programa?

—Lo sabrán dentro de cinco minutos.

Y el esclavo, temiendo sin duda haber hablado demasiado, se alejó rápidamente.

—Thuran-Din cerró nuevamente la puerta y sentándose a la mesa invitó a su criado.

Durante la cena, la luz de la estancia perdió intensidad al propio

tiempo que en la pared situada frente a la mesa se iluminó una pantalla de televisión.

El locutor, cuyo rostro negro apareció en la pantalla, fue anunciando la naturaleza de los juegos. Los reos de Estado combatirían entre ellos y los supervivientes tendrían el honor de ser sacrificados solemnemente frente a la estatua del dios de la Guerra, allá en el mundo exterior. Esclavos contra monstruos traídos de lejanos planetas; guerreros contra esclavos, y finalmente el rostro del locutor desapareció de la pantalla para dar paso al de una joven de cabello castaño y ojos cariñosos, cuyo aspecto reflejaba la más profunda melancolía. Vestía holgada túnica y llevaba las manos atadas con una cadena de oro.

Alan se levantó de un salto que por poco derriba la mesa.

—¡Miserables!... — masculló, apretando los dientes.

Iba a saltar sobre la pantalla, cuando Thuran- Din le cogió del brazo murmurando muy quedo:

— ¡Quieto! Espera hasta mañana.

El rostro femenino desapareció de la pantalla ocupando nuevamente su lugar la figura del locutor. Este continuó:

—Esta valiosa virgen terrestre, la más hermosa pieza cobrada por nuestros Cazadores del Espacio, tuvo la osadía de mancillar el sagrado rostro del rey, con la mayor premeditación y violencia; por cuyo sacrilegio será concedida en premio al vencedor o vencedores de los juegos, los cuales podrán disponer de ella libremente. Se hace constar, que en caso de ser varios los vencedores, podrán elegir entre seguir luchando para obtenerla en exclusiva o retenerla en común durante los ocho días siguientes a los juegos. Pasado este plazo el cuerpo de la esclava será purificado ante el altar de nuestro dios.

Morley, perdidos ya los estribos se lanzó contra el locutor, pero en aquel momento la pantalla se apagó y la luz de la estancia recobraba su brillo normal. Entonces se dio cuenta de que ante sí había solamente un retazo de pared limitado por dos tapices.

—¡Es ella, sí... mi Angeles!... La misma cara, el mismo gesto de la última vez que nos vimos en nuestra ciudad... Ahora lo comprendo todo. Durante decenios los famosos platillos volantes no eran otra cosa que naves de piratas siderales, que saqueaban nuestro planeta de un extremo a otro. La incógnita que envolvía el paso de las naves piratas está perfectamente explicado. Los misteriosos rayos arrasaban toda

prueba de su paso y los científicos de la Tierra se enredaban en una madeja de conjeturas…

Thuran-Din puso la mano en la boca de Morley, susurrando:

—Por favor, hermano, lo echarás todo a perder… Era ya demasiado tarde. La puerta se abrió y apareció el administrador del hotel seguido de varios soldados. El primero señalando a Morley, ordenó:

— ¡Detenedle! ¡Es un sujeto que pondría en peligro la seguridad del Estado! ¡Acaba de insultar a nuestros heroicos Cazadores del Espacio! Y mirando a Thuran-Din, añadió: —En cuanto a vos, comerciante de Urania, en lo sucesivo tendréis más cuidado en escoger a los esclavos destinados al servicio doméstico

El administrador no pudo terminar la frase. De un salto, Alan se abalanzó sobre el delator y de un formidable puñetazo en la mandíbula lo dejó tendido en el suelo chorreando sangre por la boca.

Los soldados enfocaron sus armas contra el gigante esclavo, pero Alan no les dio tiempo de usarlas. Arrancando una de aquellas extrañas carabinas usadas por los soldados de Horux, la utilizó como una maza, y accionando con rapidez sus potentes músculos terrestres, destrozó en pocos minutos a la pequeña escolta que acompañaba al delator.

—Huye, hermano —aconsejó Alan al ver a Thuran-Din desconcertado sin saber qué partido tomar. — Debes salir huyendo dando voces y gritando que tu criado se ha vuelto loco. Pide ayuda, alegando que yo intentaba matarte y nadie se preocupará de ti. Mi suerte está echada, pero tú debes seguir el plan que te habías trazado. A mí me queda el recurso de morir matando, pero antes escribiré con sangre el nombre de Alan Morley.

En los corredores se oía el ruido de pasos precipitados y voces de mando. Sin duda acudían, refuerzos. Alan abrió la puerta y al ver a un pelotón de soldados que acudían precipitadamente, se dirigió a la ventana. La considerable altura del edificio le hizo vacilar, pero no había tiempo que perder. Agarrándose con los salientes del edificio consiguió llegar al piso inferior, al tiempo que asomaban arriba las cabezas de varios guerreros. De un empujón abrió la ventana y penetró en la habitación. Allí no había nadie. Su primer impulso fue dirigirse a la escalera, pero entonces le pareció recordar que el edificio tenía ascensor. Sin vacilar se acercó al lado en donde podría llegar a la planta baja sin más compañía que el esclavo que cuidaba del aparato,

cuando oyó un leve ruido de pisadas, denotando que al parecer le seguían. Se volvió rápidamente, pero ya no pudo ver nada. Alguien le había golpeado en el cráneo y Alan cayó al suelo sin sentido.

CAPÍTULO VIII

Cuando Morley recobró el conocimiento, notó un agudo dolor en la cabeza, Levantó una mano para averiguar la causa de aquel malestar, pero algo pesado le sujetaba la muñeca, impidiéndole la libertad de movimientos. Entonces adivinó la cruda realidad. Estaba preso en una mazmorra. La oscuridad que reinaba en aquel lugar le impidió observar lo que habla a su alrededor.

Al cabo de media hora de permanecer en aquellos oscuros subterráneos., sus ojos se acostumbraron a las tinieblas. Con la vista recorrió la estancia y vio que no estaba solo. Allí, a pocos pasos, había un hombre de oscuro rostro, que yacía tendido sobre un montón de hierbas secas. Tenía los brazos y pies cargados de cadenas y en aquel momento le estaba observando atentamente.

El negro, empleando el lenguaje universal de Marte, fue el primero que rompió el silencio.

—Si por tu aspecto eres esclavo, con tu desgracia eres mi amigo. Dime ahora: ¿qué delito has cometido?

En aquel momento se abrió la puerta de la mazmorra y entró un carcelero llevando comida y agua que dejó al alcance de los presos. La luz del exterior iluminó el rostro del negro, y Alan pudo observar sus facciones por un instante. A pesar de las toscas vestiduras que cubrían su cuerpo, se adivinaba una gran dignidad en su postrada actitud.

—Soy un esclavo terrestre — repuso Alan cuando la puerta se hubo cerrado detrás del carcelero—. ¿Y tú?

El negro ahogó un suspiro.

—Cometí el delito de amar a mi patria y luchar por la paz en el mundo en que vivimos. Soy U-Tan, hermano de Akón y mi pueblo me llamaba el Príncipe Sabio. En otro tiempo ostenté en mis sienes la corona real de Horux. Pero fui excesivamente confiado. Mientras yo laboraba con los sabios y los soberanos de las restantes naciones de Marte, a fin de conseguir la prolongación de la vida en nuestro moribundo planeta, mi hermano intrigaba sordamente para apoderarse de mi trono. Al fin consiguió su objeto. Con fantásticas promesas sobornó a varios ministros y a los oficiales de mi guardia y un día, mientras cazábamos en los bosques reales, fui herido a traición. Luego, al parecer, me dieron un narcótico y cuando desperté

me hallaba prisionero en los sótanos de mi palacio. Más tarde, un carcelero me explicó que Akón no se atrevió a matarme porque temía al pueblo y recelaba de algunos oficiales del ejército. Por eso me ha retenido en diferentes prisiones secretas. No es solamente mi vida lo que quiere destruir; es mi prestigio que aumenta con mi desgracia, lo que desea arrancar del alma de mi pueblo...

—Empiezo a comprender — interrumpió Alan—. Los Grandes Juegos...

—Son el instrumento para embrutecer a mi pueblo y prepararlo para una guerra imperialista. Ha prometido repartir los territorios de las demás naciones marcianas entre los oficiales del ejército, y premios valiosos a los soldados y aviadores que se distingan en la lucha.

—Pero esto es horroroso. Con las terribles armas de que disponen los ejércitos de Marte, existe el peligro de romper la cubierta de roca y cristal que separa los lugares habitados, del mundo exterior, lo que causarla la muerte por asfixia a millones de seres...

—Ningún crimen detendrá a mi hermano en sus propósitos de dominación universal. Cuando en tiempos de Ango-Kon, mi abuelo, nuestras naves esféricas llegaron a la órbita de la Tierra, llevaban sendos mensajes para conseguir una colaboración pacífica entre ambos mundos. Pero aquellas naves exploradoras fueron recibidas con recelo y hostilidad. En aquella época la Tierra estaba dividida en dos bloques irreconciliables que se hostilizaban constantemente con una terrible guerra de nervios. No podíamos tratar con ninguno de los dos bandos sin ser considerados como enemigos por el otro. Entonces los comandantes de las naves se limitaron a estudiar las excelentes condiciones de habitabilidad de la Tierra y regresaban inmediatamente. Algunas veces eran hostilizados a su regreso por los anticuados y lentos cazas terrestres.

—¡Monstruoso!—gritó Alan—. ¡Hay que acabar con el tirano! ¡Puede provocar la guerra de dos mundos!...

El ruido de armas y pasos interrumpió las airadas exclamaciones de Alan. Poco después se abría la puerta y aparecieron un oficial y varios guerreros.

—El esclavo rebelde —dijo el oficial señalando a Alan—. Atadle fuertemente que no escape. Ha causado la muerte de un administrador de hotel y de varios soldados El rey ha ordenado que sea agregado al grupo que luchará contra los monstruos de Saturno.

Varios soldados sujetaron a Morley, mientras el carcelero abría los grilletes con una llave. Luego, con unas cuerdas que llevaban preparadas, ataron al prisionero con las manos en la espalda. Alan quedó completamente inmovilizado.

—¡En marcha, hacia el estadio!—ordenó el oficial—. En cuanto a ti, Príncipe Sabio —añadió dirigiéndose al otro preso — veremos si tu valor iguala a tu talento.

Los soldados empujaron a Alan hacia unos corredores subterráneos y emprendieron la marcha.

El oficial quedó unos momentos solo con el regio prisionero.

—¡Perdóname, oh U-Tan, único rey legitimó de Horux!—imploró el oficial—. Aunque merezco la muerte por haber consentido tanto tiempo en que seas tratado como el más vil de los esclavos, arriesgaré mí vida para probarte mi adhesión.

Y sacando una llave liberó al príncipe de las cadenas que le retenían sujeto a la mazmorra.

—Sigue por el pasadizo de la izquierda—añadió el oficial — y te conducirá al almacén de utensilios del estadio. Allí podrás cambiarte de ropa y librarte de las iras de tu hermano.

U-Tan, después de abrazar al oficial, desapareció silenciosamente por el indicado corredor subterráneo. Minutos después el oficial alargando el paso, alcanzaba al grupo de soldados que conducía al esclavo terrestre.

* * *

Alan, escoltado por los soldados, fue conducido a una vasta sala subterránea, cuyas ventanas protegidas por fuertes rejas, permitían el paso a la luz del día. Apenas sus ojos se acostumbraron a la claridad de la estancia, vio a varios hombres de su misma raza, que, sentados en un banco, le miraban con curiosidad.

—Amigos —habló Morley—, la circunstancia de hallarnos tantos hombres terrestres reunidos en una sala, no presagia nada bueno para nosotros; pero ante todo decidme: ¿cómo llegasteis a este planeta? Soy Alan Morley, uno de los expedicionarios del cohete "Alfa", que junto con eì astrònomo Gene Stanley y el matemático Walter Kraus, conseguimos aterrizar en Marte hace escasamente un par de semanas. Nuestro vehículo se halla en una de las zonas pantanosas que rodean al polo Norte. Stanley y Kraus se hallan a salvo en un país amigo, el

reino de Aquas Bóreas, comúnmente conocido en Marte como el País de los Hombres de Bronce...

Uno de los que estaban sentados, cuyas facciones recordaron a Alan una fisonomía conocida, se levantó de un salto, como movido por un resorte.

—¿Has dicho Walter Kraus, el matemático? — preguntó ansioso,

—Sí, el gran científico berlinés. —Es mi hermano. Soy Adolfo Kraus, técnico en cuestiones nucleares. En el último Congreso de Berlín fui secuestrado junto con mi colega japonés Hiro-Yama, aquí presente.

Y señaló a un hombre de aspecto inteligente y rasgos de oriental. El aludido se levantó estrechando la mano de Alan.

—Los famosos platillos volantes, que en el siglo veinte parecían una invención de cuentos de hadas, eran una realidad, amigo mío— afirmó Hiro-Yama. — Tal vez en aquellos tiempos sólo se dedicaban a viajes de exploración, pero ahora se han convertido en un peligro inminente para nuestro mundo.

Mientras Hiro-Yama y Morley hablaban, los demás compañeros de infortunio se habían levantado y rodeaban a los interlocutores. Alan observó por los rasgos faciales que aquellos esclavos pertenecían a diferentes naciones de la Tierra.

Morley, que con la presencia de los hombres de su raza se había olvidado de la precaria situación en que se hallaban, siguió hablando por espacio de media hora con todos sus compañeros de infortunio. Pos rusos, un japonés, tres americanos, un sudafricano y cinco europeos formaban la representación terrestre en la estancia donde el azar los había reunido.

En aquel momento se abrió la puerta y entraron varios soldados al mando del oficial que poco antes había acompañado a Morley.

—¡Poneos en fila!—ordenó el oficial.

Todos se alinearon.

El oficial pasó ante los prisioneros cual si pasara una revista. Luego gritó:

—¡Ordenanza, las espadas!

El ordenanza se presentó llevando una caja que depositó en el

suelo. Seguidamente abrió la tapa y comenzó a sacar unas largas espadas de acero, parecidas a las usadas en la Tierra durante la Edad Media. Entregó una a cada esclavo y se marchó por donde había venido.

Los terrestres quedaron unos instantes contemplando el arma que les habían entregado, sin saber qué significaba aquello.

La voz del oficial les sacó pronto de dudas.

—¡Esclavos! : Por vuestra rebelión habéis sido condenados a muerte. Pero la magnanimidad del gran rey Akón os permite prolongar vuestra existencia por unos días y os concede el honor de luchar en los Grandes Juegos.

—¿Contra quién? — preguntó Alan intrigado.

—Vuestra condición de esclavos os impide luchar contra nuestros guerreros — repuso el oficial —, pero no impedirá que luchéis contra fieras...

El sonido de las trompetas ahogó las últimas palabras. Era un toque de atención, terminado el cual, el oficial concluyó:

—Han comenzado los Grandes Juegos reales. El primero de la tarde podréis admirarlo como espectadores a través de esas rejas, pero del segundo seréis vosotros los protagonistas. Espero que el valor que habéis tenido para vulnerar las leyes, no os abandonará en el momento del combate.

El oficial dio medía vuelta y seguido de los soldados, desaparecieron por la puerta de entrada que se cerró detrás de ellos.

Los prisioneros se miraron unos a otros presa del mayor desconcierto.

—No importa exclamó Alan cuando quedaron solos—. Combatiendo unidos en un circo tendremos más probabilidades de salvación. Además nos encontramos ante un momento crucial de la historia de Marte. Akón pretende instaurar su dominio sobre este planeta por medio del terror. Pero las demás naciones están regidas por sabios y bondadosos monarcas que nada tienen que ver con los crímenes de Akón. Los gobiernos no aprueban la política agresiva del rey de Horux, cuyas provocaciones les ha puesto en guardia, y en estos momentos se aprestan a defender su libertad y... la nuestra. ¡Animo, muchachos! ¡No estamos solos!

Un griterío imponente emitido por millares de gargantas llegó a

los oídos de los prisioneros.

La sospecha que germinaba en la mente de Alan, desde el momento en que se oyeron las trompetas, se convirtió en certidumbre. El joven examinó la estancia y viendo que todas las ventanas, protegidas por fuertes rejas, se hallaban en la parte alta de los muros, tomó impulso y de un enorme salto llegó hasta una de las aberturas, agarrándose a los barrotes.

—Los sótanos del estadio — exclamó—. ¡Venid muchachos, han empezado los Juegos!

Poco esfuerzo costó a los demás presos llegar hasta las ventanas.

El espectáculo que se ofrecía a sus ojos, era por demás imponente.

Una inmensa muchedumbre llenaba por completo los asientos del vasto estadio en cuyas arenas muy pronto se verían obligados a defender sus vidas.

Un heraldo, vestido con atavíos de gala, se acercó a un micrófono. Con vibraciones metálicas a causa de la potencia del altavoz, anunció:

—Cuarenta súbditos de Horux, acusados del terrible pecado de la duda, salen a la arena.

La emoción corrió como una gigantesca oleada por la multitud, que de una a otra punta del recinto, se removía ansiosa de placeres y sangre.

Centenares de banderas y estandartes de brillantes colores, ofrecían un marco adecuado al grandioso espectáculo. Los gritos aumentaron en intensidad cuando los combatientes aparecieron en la liza. Todos eran de la raza negra de Marte, que se distinguía de sus congéneres de la tierra por la regularidad de sus proporciones y la hermosura de su rostro. Iban armados de tres jabalinas cada uno, y se alinearon en dos filas, una frente a la otra.

Ante los insistentes gritos del público, saludaron levantando el arma que llevaban en la diestra. Las dos jabalinas restantes pendían en bandolera a sus espaldas.

Alan miró a sus compañeros. A su izquierda se hallaba el japonés Hiro-Yama.

—¿Cuánto tiempo lleváis prisioneros? — preguntó de pronto al oriental.

—Adolfo y yo cuatro meses.

—¿Presos de Estado o esclavos particulares?

El japonés sonrió levemente. Luego repuso:

—Durante el primer mes fuimos presos de Estado. Al negarnos a revelar nuestros secretos profesionales, nos enviaron al Valle de los Esclavos, en donde millares de nuestros semejantes trabajan en las minas de diamantes...

—Entonces, ¿sabrás, en qué consiste el pecado de la Duda?.

—Sí, en negar la irradiación divina del rey Akón. Un silencio impresionante habla sucedido al ruido de la muchedumbre.

Los combatientes, repartidos en dos bandos opuestos, se aprestaban a la lucha. Un toque de clarín dio comienzo al espectáculo.

Cuarenta jabalinas cruzaron el espacio que las separaba de sus respectivos rivales y con un silbido de muerte volaron hacia su objetivo. Aunque pocas dieron en el blanco al cual iban dirigidas, algunas acertaron y varios combatientes cayeron atravesados al apartarse del dardo disparado por el rival que tenía enfrente.

Inmediatamente comenzó una extraña cacería. Los dos grupos se abalanzaron uno sobre otro y cuando ya se creía que lucharían cuerpo a cuerpo, al llegar a poca distancia lanzaron el arma centra el rival, casi a quemarropa.

Algunos luchadores más ágiles, esquivaron con una finta el arma disparada por los adversarios y sin darles tiempo a sacar la jabalina que aún les quedaba, avanzaron rápidamente hasta poder atravesar a sus enemigos.

Morley y sus compañeros de infortunio contemplaban el sanguinario espectáculo, agarrados a las rejas de las ventanas, cuya altura venía al nivel de la arena del circo. La multitud aullaba de placer como salvajes.

—El plan es diabólico — explicó Alan — La idea de Akón consiste en embrutecer a su pueblo y prepararlo para la guerra

Adolfo Kraus que se hallaba a la derecha de Morley preguntó:

—Pero si Akón sacrifica a los supervivientes, ¿con qué clase de hombres emprenderá la conquista de Marte?

—Tal vez recurra a los sacerdotes. Estos dirán a los reos que el dios les concede el privilegio de morir luchando por la grandeza de Akón, su protegido.

Adolfo Kraus comprendió la lógica que encerraba la respuesta de Alan. Reflexionó unos segundos y nuevamente preguntó:

—¡Y el resto de las naciones?

—No están preparadas. Solamente Urania posee una flota aérea capaz de enfrentarse a la de Horux. En cuanto a los Ejércitos de tierra, sólo las tropas de Thuran-Din están militarmente preparadas.

—¿Quién es Thuran-Din?

—El soberano del País dé los Hombres de Bronce, la más septentrional de las naciones marcianas y más adelantadas del planeta.

Un nuevo toque de trompetas cortó el breve diálogo de los prisioneros terrestres.

En aquel momento, solamente ocho hombres habían quedado en pie; cinco de un bando y tres del otro. Para estos últimos, que, acorralados se defendían con el valor que produce la desesperación, el toque de atención fue providencial. Allá en el fondo, en toda la extensión de los graderíos, los espectadores se habían levantado respetuosamente. Los combatientes suspendieron la lucha.

—¿Qué significará todo esto? — preguntó Alan sorprendido.

—Mira frente a ti — repuso lacónicamente uno de los presos.

En el lugar indicado se veía el palco real. Akón, ricamente ataviado y cubierto con un manto color de púrpura acababa de aparecer en escena. Una guardia compuesta de tropas escogidas escoltaba al rey de Horux.

Una clamorosa ovación saludó la llegada del rey. Este, mirando a los treinta y tantos caídos en la lucha y a los supervivientes, que esperaban la señal para reanudaría, sonrió satisfecho El tirano habló brevemente con un aito dignatario situado a su derecha, el cual se alejó rápidamente.

El heraldo, levantando su diestra reclamando silencio, habló en voz alta:

—Pueblo de Horux: Nuestro divino soberano el gran Akón,

protegido del dios de la Guerra, comunica a sus fíeles la respuesta del oráculo: Los supervivientes de esta primera lucha, habiendo lavado parte de su delito con la sangre de sus cómplices, conseguirán el indulto total ingresando en las escogidas huestes de los Cazadores del Espacio.

Los combatientes se retiraron de la arena. Poco después se abría una trampa situada en los sótanos del circo y aparecieron varias docenas de extraños carnívoros que recorrieron la arena olfateando en todas direcciones. Eran unas fieras de una especie ya extinguida en la historia de la Tierra. Reunían la fortaleza del león con la agilidad del tigre, pero de un tamaño superior al del toro bravo.

El escalofrío de terror recorrió los miembros de Adolfo Kraus.

—Al lado de esas bestias, nuestros leones parecen humildes gozques — comentó el sabio.

Los gigantescos animales, después de un momento de vacilación ante aquel enorme gentío que les estaba contemplando, se dedicaron a devorar tranquilamente los cadáveres,

Alan, dando muestras de repugnancia, se dedicó a observar la actitud del público. La muchedumbre, en aquellos momentos no prestaba atención a cuanto sucedía en la arena, y aprovechaba la ocasión para comprar dulces y bebidas a los vendedores ambulantes.

Morley, al ver que sus compañeros daban muestras de terror, les tranquilizó diciendo:

—Esto es un entreacto, amigos. Y esas fieras son los barrenderos.

En efecto: los feroces animales se entretuvieron en saborear la pitanza que les había sido designada. Media hora más tarde rugían y bostezaban de satisfacción.

Se abrieron simultáneamente dos trampas. Por una de ellas aparecieron una especie de antílopes que al ver a los feroces animales que aún se relamían del macabro festín, corrieron alocados hasta perderse por la abertura en donde habían aparecido las fieras. Estas, reaccionando ante la perspectiva de una nueva caza, desaparecieron rápidamente persiguiendo a sus nuevas presas. Tras el último carnívoro, la trampa se cerró nuevamente.

La voz del heraldo, anunciando el segundo juego de la tarde, cayó corno un martillazo sobre los prisioneros terrestres. Como un eco, resonó a sus espaldas una voz de mando, y dura como una maza,

gritando:

—¡Basta de mirar, esclavos! Ha llegado vuestro turno. Preparaos a combatir.

En la puerta se veía a un pelotón de soldados que apuntaba con sus armas al grupo formado por los prisioneros terrestres. Por el lado de la pared que daba a la arena se abrió una puerta en forma de guillotina dejando al descubierto una abertura

—¡Salid, cobardes!—gritó el oficial.

—¡Vamos, muchachos! —exclamó Alan—. ¡Nuestra suerte está echada!

Y salió el primero, espada en mano, seguido de sus compañeros de cautiverio.

Apenas hubo salido el último de los prisioneros, la puerta se cerró detrás de ellos, mientras la voz del heraldo repetía:

—Esclavos de la Tierra contra monstruos de Saturno.

Los aullidos de la multitud corearon las últimas palabras del heraldo.

CAPÍTULO IX

A los gritos de la muchedumbre sucedió un impresionante silencio. Las últimas palabras del heraldo resonaban en los oídos de los esclavos. "Monstruos de Saturno"... ¿Qué infernal jugarreta les había preparado el rey de Horux?

Obedeciendo a un movimiento instintivo, los prisioneros terrestres fueron retrocediendo lentamente hasta quedar arrimados a la puerta del subterráneo de donde habían salido. Alan no quitaba la vista de una elevada puerta situada frente a ellos, cuya altura era el doble de las demás. Apoyado en una de las rejas que poco antes habían servido de mirador improvisado, meditaba los más descabellados planes. De pronto oyó una voz a sus espaldas. Al volverse, vio el negro rostro del oficial que le había conducido de la profunda mazmorra hasta la sala situada bajo las gradas del circo.

—U-Tan, mi señor, te saluda. ¡Valor muchacho!

Y desapareció rápidamente.

Un agudo toque de clarines, cuyas notas emitían festivas vibraciones, obligó a la multitud a levantarse de sus asientos. Alan observó que todas las miradas se dirigían al pie del palco real. Un escalofrío semejante a una sacudida eléctrica recorrió los miembros de Morley. En medio de un hermoso grupo formado por esclavos procedentes de todas las naciones de Marte, se destacaba una joven de tez blanca y rara belleza. Iba ataviada con una breve túnica que dejaba al descubierto sus esculturales hombros y bien torneados brazos. En el rostro de la muchacha se adivinaba la mayor confusión al verse convertida en blanco de todas las miradas, lo que demostraba que la breve y lujosa indumentaria que lucía, le había sido impuesta a la fuerza.

El grito exhalado por Alan, atravesó todo el estadio como una campanada del Destino:

— ¡Asesino!

Akón se removió en su trono como si aquel grito hubiera sido un

dardo.

Alan había reconocido a María de los Angeles, la novia adorada que los Piratas del Espacio le habían arrebatado, el mismo día de su boda.

Los compañeros de Morley miraron asombrados al lugar que ocupaba la joven. Esta había reconocido a Alan por cuanto hizo un movimiento para arrojarse a las arenas del circo, cosa que impidieron los guardias y sus compañeras de esclavitud. Entonces la muchacha aprovechando un descuido de sus guardianes, sacó un pañuelo de seda blanca y saludó a Morley y a sus compañeros agitándolo en el aire breves instantes.

Sonaron nuevamente las trompetas y la voz del heraldo se dejó oír:

—La generosidad del rey Akón permite que su pueblo pueda admirar el valioso "premio" destinado a los vencedores de los últimos juegos. Hélo ahi, al pie del palco real, esperando a los afortunados que consigan su posesión... Pero mientras tanto, esos doce gigantescos esclavos procedentes de la Tierra, lucharán por su vida frente a los monstruos de Saturno. ¡Habitantes de dos mundos distintos, frente a frente!

Una frenética ovación cerró el discurso poniéndole punto final.

Inmediatamente, una de las trampas situadas en los bajos del circo, cuya puerta era más alta que las otras, se abrió lentamente.

La curiosidad de los espectadores se manifestó en el rápido silencio con que contemplaron la última maniobra.

—Muchachos — gritó Alan al ver a sus compañeros presa de la mayor inquietud— ¡Aún tenemos vida y... una espada en la mano! ¡Moriremos luchando!

El silencio era ya absoluto cuando la puerta quedó abierta durante varios segundos. Millares de ojos tenían fijas sus pupilas en la negra boca de la trampa. Uno a uno, y con una lentitud que la impaciencia de los espectadores hacía más larga, salieron a la arena cuatro monstruosos animales capaces de helar la sangre al más animoso. Eran unos reptiles bastante conocidos por los estudiantes de prehistoria de la Tierra. La idea del "estegosaurio" y del "triceratops" acudió a la mente del joven Morley. Aquellos cuerpos cubiertos de óseas escamas formando una armadura invulnerable, dio la exacta medida del grado de crueldad empleada por Akón, para destruir la

sensibilidad de sus súbditos.

El terror había paralizado a los terrestres al considerar la suerte que les esperaba, hasta que el preocupado por los infelices cautivos.

— ¡Desplegaos, muchachos!—ordenó Alan convertido en improvisado jefe del grupo. ¡Debemos saltar, huir y atacar a la vez!

Aquellos infelices, horrorizados, se hallaban reunidos como un pequeño rebaño de corderos. Ante la embestida del monstruo y electrizados por la dominante voz de Alan, saltaron todos en diferentes direcciones, situándose fuera del alcance de la horrible bestia. La furia del "triceratops", cuya ligereza hubiera envidiado un antílope, chocó contra una de las paredes que separaban la arena de la primera fila de espectadores.

El enorme boquete abierto en el muro por la embestida de la fiera, arrancó un grito de espanto seguido por un movimiento de pánico por parte del público situado en el lugar del tremendo choque.

Alan quedó sorprendido de la ligereza de aquellos monstruos cuya enorme corpulencia hacía presagiar una mayor lentitud. Entonces acudieron a la mente del joven las últimas palabras del heraldo: "monstruos de Saturno". ¡Ah! ¡Con qué rapidez se suceden las ideas cuando un hombre está en peligro! Alan comprendió la cruda verdad. El planeta Saturno mucho mayor que la Tierra tendría una gravedad superior. Y aquellas feroces bestias, a pesar de su enorme volumen, se movían en Marte con la misma agilidad que los esclavos terrestres.

En aquel momento uno de los "estegosaurios" había acorralado al japonés Hiro-Yama el cual se defendía heroicamente. Rápido como el rayo, Alan se lanzó contra el monstruo, atacándole con violentas estocadas y furiosos tajos de su primitiva espada.

La fiera molestada por aquel pigmeo que le daba molestos pinchazos buscando las junturas de su formidable armadura ósea, desvió su atención de la presunta víctima dando enormes saltos. Alan, encaramado sobre el lomo de la bestia, parecía un simio que pretendiera montar a un potro salvaje.

En los graderíos del estadio, el público que hasta aquel momento contemplaba satisfecho el bárbaro espectáculo, comenzó a experimentar una creciente inquietud.

Los saltos del "estegosaurio" hostilizado por Alan, superaban la altura del muro que separaba las arenas del circo del lugar destinado a

los espectadores. Alan, materialmente pegado al lomo del monstruo, buscaba en vano un punto vulnerable para asestarle un golpe mortal.

De repente, una luminosa idea acudió en auxilio de Alan. Recordaba haber leído en su infancia las fabulosas historietas de príncipes y dragones. Aquellos héroes de cuentos de hadas derrotaban a sus terribles enemigos atacándoles en los ojos o hundiendo sus lanzas en las llameantes bocas.

Y uniendo la acción al pensamiento se deslizó hacia la cabeza de la encolerizada fiera y hundió varias veces su espada en las verdosas pupilas del monstruo. Dos chorros de sangre viscosa y fría comenzaron a manar de las heridas y un espantoso rugido de rabia retumbó como un trueno por el grandioso estadio.

Varios esclavos yacían heridos, pero el resto luchaba con la furia propia de la desesperación.

Un nuevo grito de guerra lanzado por Alan, reanimó las mermadas fuerzas dé los esclavos.

—¡Los ojos, los ojos! ¡Atacad el punto vulnerable!

Un cabezazo dado por la bestia herida por Alan, lanzó a éste por el aire, yendo a caer contra la primera fila del público, frente al palco real. Aquello salvó al joven de una muerte segura, ya que la caída fue amortiguada a costa de varios espectadores que resultaron malheridos por aquel proyectil humano. A pesar de ello, el golpe fue tan violento que Alan perdió el conocimiento.

Pero la consigna lanzada por el improvisado jefe, no había caído en saco roto.

Mientras el "estegosaurio" herido por Alan continuaba saltando a ciegas y rugiendo dolorido, el resto de los esclavos que aún podían tenerse en pie, se lanzaron en tromba sobre un "triceratops" que se había apartado del resto de aquellos monstruos.

La fiera, sorprendida por el inesperado ataque, intentó ensartar con sus cuernos a los atrevidos enanos que hasta aquel momento le habían huido. El reptil pudo abrirse paso, pero aquello fue su perdición, varias espadas le ensartaron los ojos en un ataque de flanco y poco después dos fuentes de asquerosa sangre manaban de su cabeza.

A pesar de la inquietud que reinaba entre el público, la proeza de los esclavos despertó una oleada de admiración. Muchos de los

espectadores vitoreaban frenéticamente, mientras el rey Akón daba muestras de desagrado y fruncía el entrecejo.

Akón, sin moverse del trono, hizo un gesto a uno de los jefes de la guardia y le dio una orden. Inmediatamente varios pelotones de soldados se despegaron alrededor del estadio y comenzó una detención en masa de todos los que manifestaron su simpatía hacia los heroicos esclavos.

* * *

Cuando Alan recobró el conocimiento la mayor agitación reinaba en el estadio. Una voz conocida murmuró a su oído:

—No ha sido nada, hermano. Sólo unas ligeras magulladuras.

Entonces recordó el terrible combate sostenido contra los reptiles de Saturno. Intentó incorporarse, pero la misma voz le contuvo.

—Bebe otro trago, muchacho. Este te reanimará.

Alan, miró al que hablaba. Era Thuran-Din. El rostro pintado de amarillo del príncipe, sonreía bondadosamente. En la mano tenia un frasco que acercó a los labios de Morley. Este bebió, sintiendo que recobraba sus fuerzas.

—Eres valiente, amigo mío — continuó el falso mercader—. Tu arrojo ha precipitado las cosas.

Morley parecía obsesionado por una idea fija. Al fin preguntó:

—¿Cómo pudieron cazar esas bestias en Saturno y traerlas hasta Marte? No puedo concebir las dimensiones de una nave capaz de transportar semejantes monstruos.

—Los cogerían recién salidos del cascarón — aclaró el príncipe.

De súbito, Alan sintió un estremecimiento.

—¡Mis compañeros!—exclamó—. ¿Dónde están los esclavos que luchaban en la arena?

El estrépito de varias descargas, seguidas de ayes de dolor, fue la única respuesta que obtuvo.

El joven, ayudado por Thuran-Din, se incorporó haciendo un esfuerzo.

Entonces comprendió la causa de la inusitada agitación que

reinaba en el estadio. Los soldados continuaban la persecución de los simpatizantes de las víctimas.

Muchos de los que se hallaban cerca de los perseguidos fueron bárbaramente atropellados por la soldadesca, que ansiosa de ganar méritos y ascensos a los ojos del rey, se excedía en sus atribuciones de vigilancia.

Alguien — probablemente víctima de los desmanes de la soldadesca—, lanzó un estentóreo grito:

—¡Viva U-Tan! ¿Dónde se halla el Príncipe Sabio?

Aquella voz, dominando el tumulto del estadio, llegó a oídos del rey. Este se levantó colérico y comenzó a dar órdenes gesticulando con visible irritación.

La lucha en la arena superaba a la de los graderíos. Los esclavos supervivientes, capitaneados por el japonés Hiro-Yama y el alemán Adolfo Kraus, acababan de hundir sus espadas en los ojos del último "estegosaurio» que conservaba su vista intacta.

Alan, desprendiéndose de los brazos de Thuran-Din que quería sujetarle, saltó nuevamente a la arena para unirse a sus heroicos compañeros de infortunio. Entonces se dio cuenta de que no llevaba espada. Esta aún permanecía clavada en el ojo vaciado de una de aquellas fieras.

—¡Huyamos, muchachos! ¡Esta es la ocasión! —, gritó Alan. Adolfo Kraus, al ver al joven cuando ya le suponía muerto, lanzó una exclamación de alegría:

— ¡Sigámosle todos! ¡Viva nuestro jefe!

Los monstruos, cegados completamente, seguían dando aquellos horrorosos brincos que llenaban de pavor a la multitud.

El coletazo de una de las fieras golpeó ligeramente a Morley, que cayó sobre la arena. Al incorporarse se frotó un costado, ya que al caer, algo le había golpeado en las costillas.

El japonés Hiro-Yama acudió en su auxilio.

—¡Vamos, jefe!—gritó—. Los demás ya están arriba.

De repente, el rostro de Alan se iluminó con una incontenible alegría. Bajo los pliegues de su holgada túnica descubrió que aún llevaba sus armas; dos pistolas, una de ellas atómica y la espada corta

que le había dado Thuran-Din. Entonces recordó vagamente cómo habían rodado las cosas. Desde la persecución iniciada en el hotel, hasta que recobró el conocimiento en la mazmorra, todo se había precipitado con loca celeridad. Dadas sus vestiduras de esclavo, los soldados no se habían molestado en registrarle. ¿Para qué, si al día siguiente moriría en los Grandes Juegos? El peso de las armas no le había molestado en absoluto a causa de la poca gravedad de Marte.

Todos estos pensamientos acudieron a la mente de Alan con más rapidez de lo que se tarda en explicarlo.

¡Vamos!—repitió Alan—. ¡Reunid a los esclavos! ¡Decidles que no están solos!

El australiano y el japonés, de un formidable salto, se unieron a sus compañeros.

En aquel momento ocurrió algo que los organizadores de los Juegos se hallaban muy lejos de esperar.

Dos de aquellas fieras habían saltado sobre las gradas destinadas al público, sembrando la muerte entre la multitud de aterrados espectadores.

Aquel imponente gentío que poco antes aplaudía y vitoreaba, era presa de un pánico indescriptible.

Los hombres huían alocados abandonando a las mujeres, muchas de las cuales resultaron bárbaramente pisoteadas.

Algunos energúmenos, deseosos de abrirse paso a toda costa, sacaron sus armas y las emplearon contra sus vecinos.

Uno de los "estegosaurios" dando peligrosos saltos y mortales dentelladas, avanzaba en dirección al palco real. Cada zarpazo de la enorme fiera causaba varias víctimas cuya roja sangre se mezclaba con la verde y fría del reptil.

Alan contemplaba petrificado la horrible bestia que, chorreando sangre por los ojos avanzaba en dirección al palco real. Allí, al pie del estrado ocupado por Akón, María de los Ángeles se hallaba encadenada.

Akón, al ver al monstruo acercarse por momentos, se retiró rápidamente seguido de sus ministros, mientras las esclavas que ocupaban el palco inferior, veían acercarse la muerte.

El monstruo avanzaba... avanzaba dejando tras de sí una estela de

sangre, de cadáveres y gritos de espanto mezclados con ayes de dolor.

CAPÍTULO X

Gene Stanley y Walter Kraus, además de científicos, eran aventureros. No en vano el Gobierno Universal de la Tierra los había elegido como a responsables de la más peligrosa empresa que conocía la Historia moderna.

Durante los primeros días de la marcha de Alan, las maravillas de aquel remoto mundo les había absorbido por completo. El hombre de ciencia había dominado al aventurero. Pero una ves saciada la curiosidad y tomados los principales apuntes que podrían elevarles al pináculo de la fama, el espíritu de aventura volvió por sus fueros y entonces se dieron cuenta que el egoísmo había precedido todos sus actos.

Al cuarto día, cuando Astor, astrónomo real del reino de Aquas Bóreas, visitó a los terrestres para mostrarles la última invención militar, Stanley preguntó de improviso:

—¿Hay noticias de vuestro soberano y de nuestro joven compañero? Perdonad, querido colega, la despreocupación con que hemos abusado de todas vuestras atenciones, hasta el punto de habernos olvidado por completo del príncipe Thuran-Din y de Alan Morley. Quizás en estos momentos están en grave peligro y pueden necesitar nuestra ayuda.

—Todo lo que ha sucedido estaba previsto — fue la lacónica respuesta de Astor.

—¿Estaba previsto? — repitió Kraus—. Luego significa que hay acontecimientos que nosotros ignoramos y ni siquiera nos hemos preocupado por nuestros amigos. Por favor, querido colega, contad con nosotros. Jamás nos perdonaríamos nuestra pasividad cuando dos jóvenes animosos pueden correr peligrosas aventuras.

—Creo que lo mejor será poneros al corriente de cuanto sucede en nuestro planeta — repuso Astor—. ¡Seguidme, amigos míos!

Astor acompañó a los sabios terrestres hasta una gran sala suntuosamente amueblada, en donde se hallaba reunido el gobierno de Thuran-Din.

Los centinelas y ordenanzas al ver al venerable Astor, acompañado de sus huéspedes, les cedieron respetuosamente el paso.

La mesa del gobierno se hallaba presidida por un artístico sillón de alto respaldo, en cuyos adornos abundaban el oro y las piedras preciosas.

Pero aquel trono, de valor incalculable, estaba vacío. El primer ministro informaba al gabinete.

—Las órdenes son terminantes. Nuestro Príncipe ordena el ataque y nombra al general Pfortor-Bellum jefe de operaciones militares. El ataque debe ser simultáneo con nuestros aliados, al mando de Tina de Urania. La coalición universal procurará atacar con todas las armas que estén a su alcance, pero procurará no destruir la cubierta exterior que nos separa del mundo inhabitable. Asimismo deberán respetarse las plazas enemigas que no ofrezcan interés militar alguno. Las flotas aéreas aliadas están preparadas para dar la batalla en el mundo exterior. Cincuenta naves pertenecientes a los Estados Australes atraerán al enemigo al combate, atacando las aberturas de acceso de sus aeropuertos. Cuando la flota enemiga se haya desplegado y vea el corto número de aparatos adversarios, intentará destruirlos al amparo de su superioridad numérica. Entonces habrá llegado el momento de iniciar la lucha final.

Dakor-Jhan hizo una pausa. Revolvió varios documentos sobre la mesa y al fin halló lo que buscaba.

—General Pfortor-Bellum — continuó —: Thuran-Din, antes de emprender el viaje que serviría para preparar el mayor éxito de nuestras futuras operaciones militares, dejó el decreto firmado nombrándole general en jefe...

Uno de los ministros interrumpió:

—¿Cuándo empezará el ataque?

—El telégrafo secreto nos dirá la hora; pero antes debemos hablar con la princesa Tina de Urania por el televisor especial.

En aquellos momentos entró un oficial de Estado Mayor, acompañado de varios ayudantes, y se dirigió directamente al general en jefe.

Seguidamente empezó la sesión.

Stanley y Kraus seguían con el mayor interés las deliberaciones de aquel memorable consejo de ministros. Aunque no comprendían la totalidad de palabras del idioma marciano, habían aprendido lo suficiente para darse cuenta de la gravedad de aquellas decisiones. La

suerte de un mundo estaba en la balanza. La eterna lucha del Bien y el Mal se repetía una vez más,

—Y ahora — concluyó el primer ministro — Pfortor-Bellum tomará la responsabilidad del asunto. ¿Preparado, general?

—Todo a punto. Los "trepanadores" están en línea de combate. Las tropas de asalto preparadas. La moral del ejército excelente.

—Bien, general. Informaré al príncipe de vuestra capacidad organizadora. Y ahora una advertencia. Los emisarios terrestres, huéspedes de honor de nuestro Soberano, por especial deseo de Thuran-Din, están autorizados a seguir al ejército de operaciones con entera libertad. Pueden tomar parte en las acciones guerreras que crean conveniente o seguir a las tropas como simples corresponsales de guerra, si así lo creen necesario, Thuran-Din ordena que en todo caso se les deje en libertad de obrar como a miembros de la familia real.

Pfortor-Bellum paseó la mirada por la sala del consejo. A la derecha,, bastante apartados del resto de los asistentes, se hallaban Astor, Stanley y Kraus. Este último sostuvo la mirada del general con ojos escrutadores.

El general, al parecer, quedó satisfecho del resultado de su examen. Luego, saludando militarmente, repuso:

— ¡A la orden!

* * *

Cuando Pfortor-Bellum y su estado mayor se trasladaron a bordo de los vehículos en forma de balas de cañón, Stanley y Kraus, que acompañaban al general, no salían de su asombro. Pero al constatar las fantásticas velocidades que podían desarrollar, y el ingenioso sistema de vías que, por estar situadas en la parte superior del vehículo, tan pronto atravesaban interminables túneles como se convertían en elevados "telesquíes", los ilustres aventureros de la Tierra tuvieron que rendirse a la evidencia.

—Amigo Walter — habló Stanley — no pierdas un solo cliché de esos paisajes subterráneos y prepara la "micro-film". La hora del "tornate" se acerca y si está en los designios de Dios que podamos regresar vivos a la Tierra los documentos gráficos serán imprescindibles para evitar que nos tomen por locos.

—Con eso contaba, Gene. Pero Astor se encargará de sacarles de

dudas. Ha ordenado preparar una gigantesca emisora de televisión con la cual nos hablarán desde Marte y podremos ver las imágenes de nuestros interlocutores. Hasta ahora no se habían preocupado por los aparatos emisores de largo alcance, porque consideraban a nuestro planeta como a un posible enemigo, únicamente usaban los receptores para estar al corriente de las reacciones terrestres.

—Comprendo... las agresiones de los Piratas del Espacio no podían tranquilizar a nadie. Existía el peligro que el gobierno de la Tierra, al creer culpables a la totalidad de naciones marcianas, tomara medidas de represalia en masa. En este caso las culpas de Akón hubieran causado millones de víctimas inocentes.

—Estamos de enhorabuena, amigo. Podremos contribuir a la hermandad de dos mundos vecinos y acabar para siempre con toda clase de agresiones.

Varias horas más tarde habían llegado a un extenso valle cubierto de vegetación escarlata y en forma de aeródromo.

A Kraus le llamaron la atención las hileras de extraños aparatos parecidos a gigantescas barrenas. Causaba gran impresión verlos formados en espera de las órdenes del general en jefe.

—Nos hallamos cerca de Horux — explicó el general—. Sólo una estrecha capa de tierra nos separa de los dominios de Akón.

Stanley miraba extrañado aquellas extrañas orugas metálicas. En la parte anterior del aparato había una especie de cono alargado, cubierto de estrías en forma de espiral y cuya punta brillaba con fantásticos reflejos.

—Son los "trepanadores" — explicó Portor-Bellum—. El arma secreta con la cual podremos abatir el poderío de Akón, sin emplear bombas nucleares. Sólo el factor sorpresa puede conducirnos a la victoria. Si la guerra fuese larga, la desesperación del rey de Horux podría acarrear el final de la vida de nuestro planeta...

—Pero, ¿y los rayos misteriosos? — preguntó Kraus intrigado —. Si destruyen a los aparatos aéreos como si fueran pequeños insectos...

—Disponemos de un neutralizador. Consiste en un aparato que refleja a los desintegradores y devolviéndolos al punto de partida.

— ¡Formidable! —gritó Stanley entusiasmado.

En aquel momento un ordenanza se acercó y habló rápidamente con el general.

—Vamos al puesto de mando — ordenó Pfortor-Bellum —. Tina de Urania nos dará instrucciones.

Entraron en él vehículo destinado al general en jefe.

Los sabios terrestres quedaron sorprendidos de las dimensiones y dél confort que se disfrutaba en el interior de una de aquellas máquinas de guerra. Reunían las cualidades del submarino y del yate de recreo, pero en más reducidas dimensiones.

Pfortor-Bellum oprimió un botón y en la pared delantera del vehículo apareció un aparato de televisión. Dos segundos más tarde, la hermosa figura de la princesa de Urania apareció en la pantalla.

El general saludó militarmente.

La imagen de Tina, correspondiendo al saludo, preguntó de repente:

—¿Son estas máquinas el arma secreta?

—Las mismas, alteza. Unos vehículos perforadores subterráneos, que pueden atravesar el suelo en todas direcciones. La barrena delantera, con punta de diamante, al girar sobre sí misma, permite el avance de la máquina por medio de las estrías. Las ruedas provistas de cadena, que sirven para correr sobre terreno descubierto, al penetrar en una zona subterránea se esconden automáticamente y entonces toda la superficie exterior de la máquina se convierte en una barrena que gira a las mismas velocidades que la parte perforante. Las estrías del cono anterior del aparato tienen su continuación en la coraza central hasta llegar a la parte posterior. Esto permite la extracción de la tierra sin entorpecer el avance del tanque. Pero lo más importante...

Pfortor-Bellum hizo una breve pausa y miró a Tina. Sin duda temía mostrarse excesivamente prolijo. La princesa hizo un gracioso mohín de satisfacción y dijo:

—Continuad, general. Os escucho. ¿Lo más importante?...

—En primer lugar la acción del Décimo Rayo permite ablandar las capas rocosas y desmenuzarlas en finísima arena que pasa a juntarse con la tierra expulsada. Además un ingenioso dispositivo mantiene fija la parte interior del vehículo, mientras la cubierta exterior puede girar a una velocidad sorprendente...

—Interesante, no os detengáis...

—Hasta aquí la descripción mecánica del nuevo tanque. En

cuanto a su eficacia militar el éxito consistirá en el neutralizador de los rayos. Éstos serán reflejados y devueltos al pùnto de origen.

La imagen reflejada en la pantalla suspiró satisfecha, pero su bello rostro mostró la más honda preocupación.

El general concluyó;

—La posición que ocupamos es excelente para atacar y sorprender al enemigo, únicamente nos separa una débil capa de tierra y rocas que mis máquinas atravesarán con la mayor facilidad. Sólo nos falta la orden de ataque. Mis tropas están impacientes...

—No ha llegado la hora, general... pero no tardará... Mirad...

La pantalla se oscureció un momento desapareciendo la imagen de la princesa de Urania.

Stanley y Kraus estaban profundamente emocionados. El interesante diálogo había mantenido en vilo su insaciable curiosidad científica. Nuevamente se iluminó la pantalla de televisión.

La imagen de Tina había sido sustituida por la superficie exterior de Marte. Aquí y allá se veían las gigantescas emisoras cuyas puntas parecían perforar el cielo. Al fondo del horizonte, unas colinas, no muy altas, limitaban el escenario que tenían ante sus ojos. En el centro de la pantalla, casi formando un primer plano, destacaba la silueta de una montaña en forma de cono truncado, probablemente un antiguo volcán. En segundo plano el cabrilleo de las aguas discurriendo mansamente por el cauce de un canal.

Una leve exclamación se escapó de los labios de Stanley.

Acababa de aparecer una escuadrilla de aparatos que, en perfecta formación, se dirigieron hacia el antiguo volcán, y al llegar a la altura del cono truncado bombardearon intensamente los alrededores. Verdaderos racimos de bombas levantaron una espesa cortina de humo que oscureció totalmente la superficie de la pantalla de televisión.

—El anzuelo — explicó el general Pfortor-Bellum. — La base aérea más importante de Akón y el nido de aeronaves de los piratas del Espacio. Las bombas son de tipo anticuado y casi inofensivo. Tienen más valor provocativo que eficacia destructiva.

La nube de humo se disipó lentamente y de pronto, del interior del volcán aparecieron con inusitada rapidez varios centenares de aparatos que, una vez tornada altura se formaron en escuadrillas.

A Kraus se le antojó una especie de avispero al cual un chiquillo hubiera tirado una piedra. Las aeronaves de Akón salían de una a una, pero era tal la velocidad ascendente de tales artefactos, que parecían proyectiles disparados por un cañón gigantesco.

En aquel momento las naves atacantes huían a toda velocidad, perseguidas por una masa de aviones enemigos que oscurecían el cielo.

De súbito, los aviones perseguidos ejecutaron una maniobra al parecer inexplicable. Abrieron la formación y se dispersaron en cincuenta direcciones distintas. Los aparatos perseguidores continuaron momentáneamente sin deshacer las extensas líneas de sus numerosas escuadras, pero al darse cuenta de las intenciones de sus enemigos, que se les escapaban por momentos, se dividieron en infinidad de escuadrillas. La superioridad numérica era tal, que por cada aparato perseguido había una escuadrilla dedicada a darle alcance.

Entonces sucedió lo que los sabios terrestres habían ya olvidado.

Allá en el fondo del lejano horizonte aparecieron varios millares de puntos luminosos que, volando a una fantástica velocidad, se acercaban rápidamente al lugar de la escena.

—Nuestra flota aérea — aclaró el general, que parecía adivinar la muda pregunta de Stanley ante lo que sus ojos contemplaban. Y dirigiéndose a Kraus, añadió:

—Del resultado de esta batalla dependerá el futuro de Marte.

En aquellos momentos, las flotas surgidas de la boca del volcán iniciaron un movimiento de retirada en dirección al Sur, pero otra nube de aparatos enemigos les cerraba el paso.

El mayor desconcierto se apoderó de las arrogantes escuadras aéreas que poco tiempo antes parecían las dueñas indiscutibles del cielo marciano. Algunas de ellas, cuyos comandantes se dieron cuenta de la emboscada, descendieron visiblemente con ánimo de buscar refugio en la ancha boca del volcán, pero entonces entraron en acción aquellos terribles rayos, que destruyeron en poco tiempo la primera escuadrilla.

El espectáculo que siguió puso en tensión los ya exaltados nervios de Stanley y de Kraus.

Las flotas acorraladas intentaron un último esfuerzo para evitar la

horrible suerte a que estaban condenadas. Mientras varias de ellas intentaban un contraataque para proteger la retirada de las restantes, otra escuadrilla que intentó refugiarse en la boca del cráter, fue destruida.

El cielo marciano se vio cruzado por innumerables haces de luz, seguidos invariablemente de sordas explosiones. Muchos aparatos caían incendiados, convertidos, en llameantes bolas de fuego.

De reponte, la visión de aquella gigantesca batalla aérea desapareció de la pantalla de televisión. En su lugar apareció el hermoso rostro de la princesa Tina de Urania, que, dirigiendo una mirada imperiosa a Pfortor-Bellum, ordenó:

—¡Atacad, general! ¡Ha llegado el momento! Thuran-Din ha entrado en acción al frente de la quinta columna de uranianos. Alan ha sublevado a los esclavos terrestres, y los partidarios del Príncipe Sabio se han levantado en armas. Thuran-Din se halla sitiando el palacio real de Horux y Alan combate heroicamente en el Valle de los Esclavos.

La imagen desapareció de la pantalla. El general tocó un resorte y apareció un micrófono de campaña.

— ¡Coronel Issikar! — gritó—. ¡En marcha el primer regimiento de "trepadores" de choque!...

El jefe de la gran coalición marciana siguió dando órdenes. A partir de la primera, aquel formidable ejército subterráneo se puso en marcha y diez minutos más tarde la gran formación de lo que podríamos denominar "tanques-topos" desaparecía tragada por la roja tierra marciana.

CAPÍTULO XI

—¡Vamos, jefe? — insistió Hiro-Yama—. La ocasión es única.

Alan contempló durante unos segundos al "estegosaurio" ciego que avanzaba en dirección al lugar ocupado por María de los Angeles. Las demás esclavas se habían agrupado alrededor de la joven terrestre. Paralizadas de terror no acertaban siquiera a pensar en la fuga,

Morley sacó la pistola atómica y apuntó cuidadosamente. La fiera guiada por los gritos del público que huía, se desvió varias yardas del palco ocupado por las infelices cautivas. La ocasión era favorable y Alan apretó el gatillo.

Una fuerte explosión dominó por un momento al griterío de la muchedumbre y el monstruo desapareció desintegrado en mil pedazos.

—¡Magnífico, jefe! —gritó Adolfo Kraus emocionado—. Con un arma de tal potencia ya no estamos indefensos.

—Poco es, comparado con los rayos de nuestros enemigos; pero algo significa—. ¡Vamos, hay que liberar a las esclavas!

Y uniendo la acción a la palabra, llegaron en pocos saltos al lugar donde las cautivas esperaban la muerte.

Cuando la joven terrestre oyó la explosión provocada por el disparo de Morley, cerró los ojos creyendo llegada su última hora, pero una voz conocida la llamó por su nombre.

—¡Ángeles, huyamos!

La joven abrió los ojos. El monstruo había desaparecido y en su lugar vio a Morley acompañado de varios hombres de la Tierra.

—¡Alan! —gritó—. Pero ya no pudo decir nada más. Los sollozos le impidieron continuar.

—¡Pronto! — insistió Alan—. Debemos quitar las cadenas a estas muchachas. Hay que evitar que sean reconocidas y capturadas de nuevo.

Una uraniana de rostro amarillo explicó:

—Karsus, el eunuco, tiene las llaves.

—Debemos encontrarle — dijo Hiro-Yama.

Pero una voz gangosa cortó las deliberaciones.

—¡Rendíos esclavos! ¡Aún puede alcanzaros la clemencia de Akón!

Los terrestres se volvieron rápidamente. Un circulo de negros, espada en mano, les tenían cercados.

—¡Karsus! —exclamó la uraniana.

—¡A ellos, muchachos!—gritó Alan.

Y de un tremendo salto se situó detrás de Karsus, cogiéndole por el cuello. De un puñetazo le derribó sin sentido e inmediatamente comenzó a registrar al eunuco. Sus compañeros le imitaron aprovechando la superioridad de sus músculos terrestres y en pocos minutos acabaron con los eunucos de palacio.

Alan registró a Karsus y pronto encontró un montón de llavecitas colgadas del cinturón del caído. Con la prisa que requerían las circunstancias, las esclavas fueron liberadas de sus cadenas.

— ¡Sois libres! — declaró Alan.

Y al ver que las muchachas no se hacían repetir la orden, añadió:

—¡Divulgad nuestro ejemplo entre todos los esclavos de Horux!

En aquellos momentos el estadio, ofrecía un aspecto de desolación.

Los reptiles que habían quedado dando brincos en otros lugares del inmenso recinto, continuaban su ciega matanza. Frente a cada una de las puertas que daban acceso al circo, se amontonaban los cadáveres. Muchos partidarios de U-Tan se habían apoderado de algunas armas y luchaban abiertamente contra la guardia de Akón. Y la mayoría del público presa de un pánico indescriptible, se asesinaban unos a otros en su loco afán de ganar las salidas del Estadio.

Alan observó que algunas de las esclavas liberadas se deslizaban por una puertecilla reservada a los empleados de los juegos.

—Por allí —indicó mientras cogía a su novia del brazo y salía a la calle seguido de sus compañeros de cautiverio.

De súbito, varios vehículos militares hicieron su aparición. Alan sacó la pistola atómica y entregó la de tiro normal al japonés Hiro-Yama.

—Si nos capturan moriremos en el tormento — murmuró el oriental.

—Sentiría morir sin haber llegado al Valle de los Esclavos — repuso Alan—. ¡Pronto! ¡Arrimaros a los muros!

El grupo de fugitivos se parapetó como pudo en los salientes del circo.

Morley, protegiendo a su novia con su cuerpo, murmuró:

—Esta vez no podrán separarnos. — Y apuntó cuidadosamente al primer vehículo dispuesto a vender caras sus vidas.

Pero éste se había parado y un oficial avanzó al encuentro de los terrestres levantando una mano en señal de amistad.

—Mi señor U-Tan te saluda — habló el oficial—. Estoy a tus órdenes.

Alan reconoció a su interlocutor. Era el mismo que en los sótanos del estadio le había traído noticias del Príncipe Sabio.

—Vamos — repuso —. Si U-Tan no ocupa el trono de Horux, millones de seres perecerán y Marte podría convertirse en un mundo muerto.

—¿Qué hacemos? — inquirió el militar.

—Conducirnos a todos al Valle de los Esclavos, levantarlos en armas y luchar contra las tropas de Akón. Es la única manera de ayudar a U-Tan.

Y cogiendo del braso a María de los Ángeles la instaló en uno de los asientos del primer blindado. Los demás se acomodaron en los tres vehículos restantes que formaban la patrulla ligera y la pequeña caravana se puso en marcha.

* * *

El Valle de los Esclavos era una gran depresión subterránea situada en los confines septentrionales del reino de Horux. La naturaleza había acumulado en aquel lugar del moribundo Marte las más fabulosas riquezas que jamás podrían soñar los habitantes de la

Tierra. El oro y las piedras preciosas formaban inagotables vetas para cuya extracción se hacía necesario un rudo trabajo muscular.

El resto de las naciones del planeta, ocupadas en los trabajos científicos destinados a prolongar la vida, daban mayor preferencia a los progresos de sus botánicos que al arte de sus joyeros. Varios millares de esclavos terrestres de los capturados por las naves de Akón, llevaban desde hacía años una existencia miserable. Algunos conatos de revuelta fueron sofocados cruelmente. Los que no cayeron por la acción de los rayos destructores, fueron sacrificados en los Grandes Juegos.

Aquella tarde el gobernador del Valle estaba inquieto. Las noticias dadas por el espejo visor eran contradictorias.

De pronto se iluminó la pantalla de televisión. El rostro de Akón apareció en aquel momento,

—Coronel E-Kun — ordenó—. Reforzad la guardia. Todos los esclavos del reino se han sublevado y hay que impedir que los del Valle sigan su ejemplo. Consigna: ¡destruirlos a todos a la menor tentativa!

En aquel momento un ordenanza llamó a la puerta.

—Señor —dijo—. Una patrulla de blindados ligeros al mando de un oficial esperan en la puerta del Valle. Traen varios esclavos por orden del rey.

—Bien, registra sus nombres y prepara las suficientes cadenas.

El ordenanza salió nuevamente.

Una nueva llamada crispó los nervios del gobernador del Valle. En la pantalla apareció el rostro de Akón, completamente descompuesto, gritando y gesticulando:

— ¡E-Kun: nuevos enemigos han entrado en acción! ¡Thuran-Din, al frente de todos los extranjeros armados ha cercado mi palacio! Los esclavos se han unido a las tropas de U-Tan, mi hermano, al que debía haber matado! ¡Sacrifica a los del Valle! ¡Ahora mismo!

—Bien, Majestad, cumpliré vuestras órdenes — repuso E-Kun inquieto.

El coronel se levantó dispuesto a cumplir los deseos de Akón, pero al volverse, se halló frente a la hoja de una espada que amenazaba su garganta.

—Vas muy de prisa, amigo — dijo el propietario de la tizona—. Las cosas de palacio..., pero tú no entenderías esas cosas, ¡Ángeles, sujeta bien a ese pájaro! ¡Recuerda el tiempo que has estado encadenada y no te temblarán las manos!

Con una cuerda que llevaba preparada, la muchacha amarró fuertemente al coronel.

En aquel momento un grito de júbilo, emitido por millares de gargantas, llegó a los oídos del jefe del Valle.

—Son los esclavos — explicó Alan—. Desde este momento dejarán de serlo.

—Te crees muy listo, esclavo...

—Hombre libre — interrumpió el joven—. Alan Morley, ciudadano de la Tierra, a quien vuestros piratas robaron la novia... en el mismo día de su boda, ¿gracioso, verdad? Los piratas estuvieron a punto de provocar la guerra de dos mundos..., millones de inocentes habrían sucumbido...

E-Kun, mientras el otro hablaba, sonreía siniestramente. De repente, pegó un golpe con la frente sobre un lado de la mesa.

María de los Ángeles dio un grito.

—Aquí hay un timbre —dijo señalando un lado del mueble.

E-Kun soltó una carcajada.

—Vuestra libertad será muy efímera y vuestra agonía espantosa... En estos momentos la séptima división blindada se dirige hacia el Valle. El caso de sublevación estaba previsto. Este botón es la llamada de urgencia...

El oscuro rostro de E-Kun se descomponía en una satánica risa.

* * *

La patrulla ligera al servicio de U-Tan, y los esclavos sublevados, se habían estacionado a la entrada del Valle. Alan, desde un observatorio situado entre dos columnas de granito, observaba por una grieta cuanto se hallaba al alcance de su vista.

De pronto, una gran formación de carros blindados hizo su aparición. Avanzaban en columna de a cinco por una de las anchas autopistas en dirección al Valle de los Esclavos.

—Si son enemigos, poco podremos resistir —comentó alguien situado detrás de Alan,

Éste se volvió. Era el oficial de la patrulla ligera.

—Pediré la consigna — prosiguió el joven guerrero—. En caso afirmativo avisaré a uno de tus hombres y tendré preparados los lanzarrayos. Es preferible dar el primer golpe.

Poco después llegó Hiro-Yama.

—Son fuerzas de Akón — dijo—. ¿Qué hacemos?

Alan se estremeció por primera vez. No temía por su propia vida, sino que pensaba en aquellos miles de hombres que apenas alcanzada la libertad, morirían sin remedio.

—Avisa a los terrestres que busquen refugio en las cuevas y galerías del Valle. Que la patrulla ligera abra el fuego, ocultándose a continuación del tiro enemigo.

Hiro-Yama y el oficial se alejaron rápidamente.

María de los Angeles, que no se separaba de su prometido, murmuró:

—Mira, Alan. ¡Están ardiendo!

La patrulla ligera había disparado sus rayos y la primera hilera de tanques pesados ardía formando cinco bolas de fuego. La treta de Alan había dado resultado. La división acorazada enemiga reaccionó violentamente. A toda marcha abrieron la formación y comenzaron a disparar sobre la entrada del Valle provocando una lluvia de piedras incandescentes. Morley y Ángeles, refugiados en su observatorio, elevaron una plegaria al Creador. La gran masa de tanques enemigos, protegiéndose con el mortífero fuego de sus lanzarrayos, avanzaba implacablemente hacía el lugar ocupado por los sublevados. Por las bocas de las cuevas y las entradas de las grutas, asomaban caras ansiosas que creían llegada su última hora.

De repente, algo completamente insólito llenó de estupor a los amedrentados terrestres y a sus aliados de la patrulla ligera,

Fuertes explosiones se oyeron a lo lejos y la vanguardia enemiga, que en aquellos momentos franqueaba la entrada del Valle, viró en redondo de una manera inesperada. ¿Qué había pasado?

Muy pronto salieron de dudas. Unos extraños vehículos metálicos,

cuya forma recordaba a las orugas, aparecían por todas partes como por arte de magia. Surgían de las paredes de tierra y roca que forman el mundo subterráneo de Marte, y atacaban a los tanques de Akón.

Alan no podía explicarse aquel prodigio, ya que incluso hubo algunos que surgieron del suelo como en las trampas de los teatros.

Aquello que parecía una fantasmagoría era, sin embargo, una evidente realidad.

Por lo visto, los ocupantes de la división acorazada recibieron igual sorpresa que sus presuntas víctimas .por cuanto en muy poco tiempo, se vieron rodeados por un enjambre de tanques-topo.

—¿Has visto cómo brillan? — observó María de los Ángeles.

—Igual que el sol —asintió Alan—; pero solamente en la parte delantera de la máquina.

Pero entonces ocurrió algo extraordinario. La división blindada de Akón comenzó a lanzar sus mortíferos rayos sobre sus enemigos y contrariamente a lo que esperaban las huestes de Alan, únicamente los tanques de Horux resultaban destruidos. ¿Cómo era posible aquello?

Morley comprendió en seguida. Uno de los "trepanadores" marchaba en línea recta contra otro de los gigantescos blindados que constituían el orgullo de Akón. La parte delantera del tanque-topo brillaba como la luz solar. El coloso enfiló el cañón lanzarrayos contra aquel extraño pigmeo que osaba desafiarle y soltó la chispa cuyo resplandor oscurecía la luz del día. El mortífero rayo, rebotando como una pelota sobre la proa de su objetivo, volvió al punto de procedencia por efectos del misterioso reflejo. Minutos más tarde, el enorme acorazado era víctima de su propio proyectil y quedaba convertido en una llameante bola de fuego.

Media hora más tarde, la séptima división blindada de Horux había sido aniquilada. De ella sólo quedaban unas pilas de humeante chatarra, cual incienso guerrero ofrecido a sus vencedores.

Los "trepanadores", ejecutando una maniobra perfecta, quedaron formados a ambos lados de la gran autopista que conducía al Valle de los Esclavos.

Unos gritos de júbilo sacaron a Morley de su abstracción. Los sublevados habían salido de sus refugios y agitaban sus pañuelos al aire.

—Mira a la entrada del Valle — señaló María de los Angeles.

De una de aquellas máquinas subterráneas habían salido dos hombres.

Alan reconoció a Stanley y Kraus, acompañados de un alto jefe del ejército de Thuran-Din.

—La guerra ha terminado — declaró Kraus —. Akón ha muerto y su hermano U-Tan ha ocupado el trono de Horux. En estos momentos el Príncipe Sabio se dirige al Valle de los Esclavos. Le acompañan Tina de Urania, Thuran-Din y los demás jefes de la gran coalición marciana. Los Estados Unidos de Marte...

Pero no pudo terminar la frase. Su hermano Adolfo le había abrazado, y al heroico tripulante del "Alfa" se le formó un nudo en la garganta.

Alan miró a María de los Angeles.

—Vida mía — susurró—, ahora comprendo la grandeza de Dios y cuán insignificantes resultan todos los mundos del Universo. Él, en su infinita sabiduría, creó el Amor para que los seres humanos pudieran llegar a la Felicidad. Pero los hombres, a veces, se dejan dominar por la Soberbia Insensata y la Ambición desmedida, convirtiéndose de esta forma en artífices de sus propios males.

María de los Ángeles, con los ojos llenos de lágrimas, apoyó su cabeza en el pecho de Alan. Éste concluyó:

Al regresar a la Tierra, nuestra primera visita la dedicaremos al padre Francisco...

Grandes aclamaciones seguidas de una airosa marcha militar se oyeron a lo lejos.

Todas las miradas se dirigieron al lugar en donde los "trepanadores" formaban la guardia de honor, y vieron la más hermosa cabalgata que pueda concebir la imaginación humana. La brillante comitiva se acercaba cada vez más, hasta el punto que ya podían distinguirse las facciones de sus personajes.

* * *

Los discursos se habían sucedido. Todos los monarcas se congratulaban del feliz término de una guerra que, de haber derivado por otros derroteros, hubiera significado el fin de la vida en todo el planeta.

El discurso de U-Tan, el Príncipe Sabio, se hallaba en los últimos

párrafos.

—... por tanto, en nombre de todas las naciones aquí representadas, proclamo a la princesa Tina de Urania Presidente de los Estados Unidos de Marte.

"Y aquí, en el Valle de los Esclavos y para borrar la ignominia que pesa sobre uno de los rincones de mi reino, declaro abolida la esclavitud.

"Los Grandes Juegos serán suprimidos y la idolatría prohibida bajo severas penas. El ídolo de la Guerra derribado y en su lugar erigiremos un monumento a la Paz de los Mundos...

Una nutrida salva de aplausos impidió continuar el discurso. U-Tan, conseguido el silencio, concluyó:

—... En conmemoración de este día, el lugar donde hoy nos hallamos reunidos se llamará en adelante "El Valle del Amor".

* * *

El acuerdo había sido completo. Gene Stanley, en representación del Gobierno de la Tierra, y la princesa Tina de Urania, en nombre de Marte, concertaron en principio un pacto de amistad entre los gobiernos de ambos planetas. Marte enviaría a la Tierra una embajada compuesta de diplomáticos y científicos con plenos poderes para negociar toda clase de acuerdos. Se indemnizaría a las víctimas de los piratas del Espacio, las cuales serían devueltas progresivamente a sus hogares.

Se organizarían las comunicaciones por radio entre ambos gobiernos. Éstas serían el preludio de una futura línea regular de aeronaves, en las que el intercambio de productos y el turismo jugarían el papel principal.

* * *

El cohete "Alfa" se hallaba en magníficas condiciones. Solamente variaba el número de sus tripulantes. Hiro-Yama, Adolfo Kraus y María de los Ángeles serían unos testigos cuya presencia borraría las dudas de los más escépticos.

El ronroneo de los motores puestos en marcha para emprender el viaje de regreso a la Tierra, arrancó a Gene Stanley una frases incoherentes, que no fueron oídas por sus compañeros.

—¡Harvard!... ¡Nido de pedantes!... ¡El soplo de la realidad barrerá para siempre las telarañas de sofismas que ocupan vuestros cerebros!...Hiro-Yama hablaba con los hermanos Kraus.

—En el Congreso Nuclear de Tokio desarrollaré el siguiente tema...

Iba a pronunciar el título científico, pero vio al joven Alan junto a su prometida María de los Ángeles. Ambos jóvenes sellaban con sus labios una promesa de felicidad eterna. El cuadro le sugirió una idea y con una sonrisa de comprensión, anunció:

—...La ciencia sin Amor, es un cuerpo sin Corazón.

Una fuerte sacudida dio a conocer a los tripulantes que la astronave se ponía en marcha.

FIN

Conversion of WMF images is not supported

Use Microsoft Word or OpenOffice to save this RTF file as HTML and convert that in calibre.



calibre 1.48.0

PRÓXIMO TÍTULO:

ESTAMPIDA AL SATELITE

Ya no es una utopia el viaje a la Luna. La Astronáutica está pasando de la fase teórica a la práctica, y antes de veinte años podremos ver hecho una venturosa realidad el sueño de Julio Verne y tantos otros.

Más, ¿qué ocurriría si en nuestro satélite se descubriera algo que excitara la ambición y la codicia humanas? Las pasiones se desatarían y la sangre correría a raudales como en los tiempos del descubrimiento del oro en California en el *rush* de 1848.

ESTAMPIDA AL SATELITE

Una obra de singular realismo y acción, original de Clark Carrados, el autor más leído de este género llamado de anticipación.